



*Un
príncipe
vino a
verme*

B. Menéndez Vico

UN PRINCIPE VINO A VERME

Marisa entró como un ciclón, su madre sintió la puerta cerrarse y el aquí estoy sonó como toque de trompeta. Fernanda le dijo que estaba en la cocina. Al segundo Marisa se puso a su lado, hizo la mueca de siempre. La joven odiaba las patatas pero su madre ni se daba por enterada, prepararlas era cómodo, ya fueran cocidas o fritas, bravas o en ensalada. Las cocinaba con huevos o con cualquier otra cosa pero siempre estaban ahí. Te la comes hoy mañana y cualquier día que a mí de la gana, le dijo un día la madre cansada de que Marisa siempre tuviera un pero en la boca. Desde entonces se contiene, la madre se hacía de la vista gorda, su hija no tenía arreglo.

Marisa era la pequeña de la casa, la más malcriada. Fernanda achacaba sus berrinches al flojo del padre que la mimaba por ser la única hembra, la hija que ya no esperaban. Eso es lo que trae tener hijos viejos, dice el hermano mayor que oculta su debilidad por la hermana. Javier, el otro hermano, es el que más les recrimina lo blandengues que son con la joven y la critica porque no ayuda en los quehaceres de la casa.

Fernanda siguió en lo suyo mientras Marisa buscaba en el frigorífico.

—No picotees que ya casi está la cena—dijo la madre.

— Estoy apurada, esta noche voy a repasar con Berta, mañana tenemos un pastel.

— No sigas, porque no me vas a convencer, después que cenes te vas, así que cierra el frigorífico.

La joven tiró la puerta y contestó molesta.

—Esta no es una casa, es un cuartel y tú la coronela. Pobre papá, no sé que culpa paga.

Fernanda no le hizo caso, Marisa salió de la cocina como había llegado, la madre sintió la puerta de su habitación cerrarse con fuerza.

—No sé cómo le aguantas — dijo Javier que había escuchado la pelea —, se cree reina, hace lo que le da la gana.

Fernanda escuchó al hijo como quien ve llover, nada la sorprende, sus tres hijos son sus tres problemas, cada cual es como es. Javier se la pasa criticando a la hermana, Arturo el mayor pelea porque Javier es un amamantado que no se van de la casa ni quemándole los huevos. Marisa ponía a los hermanos de vuelta y media aunque se llevaba mejor con Arturo.

Sus hijos le llenan la vida, no quisiera que marcharan pero Arturo dentro de una semana se muda con la novia. Encontró un buen trabajo y juntando los salarios pueden pagar el alquiler. Javier no tiene apuro, terminó un curso de chapistería y pronto empieza en el taller del tío. La novia está contenta pero Fernanda barrunta que trabajo le costará sacarlo de la casa. Javier es muy apegado a ella. Javier fue enfermizo, cuando niño padeció de asma, por suerte desapareció en la adolescencia. Los mimos de Fernanda hicieron estragos, se pegó tanto a ella que ahora cuesta que se vaya, de todas formas, el noviazgo con Lucía es sólido, la muchacha quiere a Javier y

Fernanda espera que al final logre llevárselo.

Marisa ya no es tan niña, todos aspiran a que siente cabeza con la pastelería. A la madre no le preocupa tanto lo del trabajo, la inquieta que su hija, a pesar de ser muy guapa no consiga novio. Es muy pesada, dice Javier, no criaron a una princesa sino a la madrastra de Blancanieves.

Fernanda terminó de prepararlo todo, se dispuso a darse un baño, miró la hora. Soler estaba al llegar. Arturo Soler era el marido y padre de las tres criaturas. Nadie sabe por qué le dicen Soler. Como Soler lo conocen los amigos, los conocidos, los extraños y los de la esquina. Desde antes del nacer Arturo, el hijo mayor, ya nadie le decía Arturo.

Soler trabaja de operario en una fábrica, Fernanda en una lavandería. Fernanda con sus altas y sus bajas siempre ha trabajado. La crianza de los hijos y las tareas del hogar le robaron todo el tiempo pero no la felicidad porque el matrimonio Soler está formado por una pareja que se amó desde el principio. Ese amor se mantiene intacto a pesar de las adversidades que se presentan en cualquier ruta. Han tenido días fatales, días perdidos y días fenomenales. La travesía de los días, meses y años a veces ha resultado fatigosa pero nunca ha sido tan dura como hacer flaquear la convivencia.

2

Marisa llegó a casa de Berta enfurruñada, la joven se queja de la madre y de Javier, le hacen la vida imposible. A Fernanda la ve como la madrastra de Cenicienta, a Javier como un director sin orquesta. Se cree el grillo del hogar, siempre estaba malmetiendo por suerte Soler no le hace caso pero la madre a veces se deja influir por ese tarado que no quiere irse de la casa

—Ahorita tendré que fregar el piso y coserme la ropa. Ese cabrón es más venenoso que serpiente. No veo las horas de que se vaya. Los deseos no se cumplen—añadió—, a mi hermano Arturo lo voy a extrañar mucho pero a Javier le deseo que desaparezca de mi vida.

Berta tampoco le hacía caso, se sabía las letanías tontas de su tonta amiga que esperaba a que un príncipe de cualquier color la sacara del infierno donde vivía con la Fernanda y el padre complaciente.

—Ya quisiera yo una la familia como la tuya— dijo Berta—, todos son majísimos. A mí Arturo me arrebató, Javier es guapo y tu padre todavía está de muy buen ver, tu madre es una santa. Tú no le llegas ni a la uña a tu familia, son buenísimos.

Marisa suspiró ruidosamente, movió la cabeza como quien reconoce que le divierte decir que su madre era la madrastra de la Cenicienta.

—Tienes razón, son buenos pero lo del príncipe lo mantengo, no me conformo con ser la hija mimada de una familia pobretona, quiero ser princesa.

— Eso lo vienes diciendo desde que tenías tres años, tu madre no debió leerte esas historias ni debió llevarte a disneylandia, se te quedó el cerebritito de hormiga. Ahora ya no hay remedio.

Estaban sentadas en la cama, ambas tenían un libro de cocina en las manos pero hablaban sin parar.

—Tenemos que estar bien preparadas— dijo Berta—, la tarta de mañana es difícil de hacer .

—No te preocupes— dijo Marisa—, seguro que lo hacemos bien.

— No se por qué no cogiste una carrera, quieres ser rica y no te gusta estudiar. Encontrar un príncipe no es nada fácil y menos si una tiene incapacidad mental.

— Deja la gracia, tengo mi cerebro a tope, no fui mala estudiante pero

me aburría, además ninguna de las ricas y famosas tienen grandes estudios y míralas, por ahí andan como pavorreal

—Si pero la mayoría nacieron ricas, la riqueza no tiene color ni nivel intelectual, dígame rico y de ellos será el reino de los suelos, digo, de los cielos.

— No empieces con tus burlas, dijo un sabio que la burla es el escudo de los necios.

—No inventes, que tú el único sabio que conoces es el Yoda de la guerra de las galaxias.

— Te equivocas, conozco a otro.

—¿A quién?

—A mi padre, papá Soler es un genio. ¿Dónde está tu hermano?— preguntó Marisa.

— Salió con unos amigos.

—Me gusta un montón.

—No sé por qué, mi hermano de príncipe no tiene ni el dormir. ¿Qué te atrae de él? Es muy distinto a tus hermanos, es mujeriego

—Tiene un pelo precioso, una dentadura de anuncio y unos brazos que aporrean.

— De verdad Marisa, nadie te entiende, tanto que aspiras y ahora vives colada por mi hermano Lorenzo. Yo nunca me hubiera fijado en un chico como él. La niña sueña con un príncipe y quiere tema con un responsable de almacén, Joder Marisa, mi hermano tiene novia.

—¿Que dijiste?

—Que te olvides de mi hermano, tiene novia.

Berta y Marisa terminaron los estudios secundarios pero ninguna quiso continuar. Berta porque necesitaba, ayudar a la familia , la madre está

en el paro y la pensión del padre no alcanza. Marisa porque no le dio la gana, la familia quiso que continuara pero se negó. Después de deambular sin rumbo ahora las dos pasan un curso de pastelería. Lorenzo las piensa ayudar para que trabajen en los dulces.

—Cuando trabaje me voy de mi casa—dijo Marisa.

—¿Y eso?

—Quiero ser independiente.

—Yo también quisiera pero por ahora no puedo. Fabio gana poco, no nos alcanza, además tengo que esperar a trabajar y a que mi madre consiga empleo. Lorenzo no puede con todo.

—¿Ya follas con tu novio?

—Claro, que pregunta, hace rato, de besitos no se vive.

—¿Es rico?

—¿Qué cosa?

—El sexo

—Claro que lo es. Tienes que probarlo, te estás haciendo vieja, no sabes lo que te pierdes.

—Ya te dije que el que me gusta es tu hermano pero el muy cabrón ni me mira.

—Eres guapa pero tu forma de ser no te ayuda. Mi hermano nunca se fijará en ti. Tanto mimo te ha tarado, en el inti te decían la Emperatriz del garbanzo duro. Nadie se te acercaba. Si quieres conquistar tienes que soltarte

—¿Cómo lo hago?

—En primer lugar deja de tenerle miedo a los rabos, no matan, digo sí matan pero de gusto. En segundo lugar actúa como una mujer no como una reina sin corona. Muchas excitan con eso pero no eres el caso, los espantas con tu indiferencia y arrogancia. Te crees mejor que los demás. Creo que en

el fondo eres así por miedo.

—Quiero conquistar a tu hermano.

— No sé que aconsejarte, te dije que tiene novia y no creo que puedas atraerlo, a Lorenzo no le gustan las creídas, de todas formas ten cuidado, si lo provocas te la mete sin pensarlo dos veces. Lorenzo tiene una picha asesina, va por esos mundos dejando un reguero de mujeres muerta de gusto. No creas que son ideas mías, ellas me lo dicen.

—No sigas que se me mojan las pantaletas— dijo Marisa—, estoy empapada. La risa de esas dos llegó hasta el salón. Niñas que no puedo escuchar la tele, dijo la madre de Berta adormilada porque mirando la tele no estaba.

3

A la semana Marisa y Berta festejaron porque pronto empezaban a trabajar. Berta lo haría como acomodadora de mercancía y Marisa como dulcera. Estaban encantadas aunque a Berta no le gustaba mucho lo de llevar el carro con los productos para colocarlos en los estantes pero el hermano dijo que había que hacer cualquier cosa. Marisa era mejor dulcera y por ahora la hermanita debía conformarse. Tienes que esmerarte más, eres un poco chapuza. De todas formas tener un trabajo fijo en estos tiempos era casi un milagro, un milagro llamado Lorenzo que las había empujado o arrastrado como una locomotora.

Marisa no sabía cómo agradecer al hermano de la amiga, le gustaba a rabiarse pero esa torpe muchacha no sabía conquistar.

—De verdad que lo tuyo es de hospital, mi hermano nunca se va a lanzar contigo si no le das un pie forzado.

—¿Un qué?

—Niña un avance, a Lorenzo le encanta que las tías se le insinúen. Se cotiza muy alto, si no lo ve claro no ataca, no le gusta perder.

—¿Y cómo hago?

— Déjame pensar...¿Qué te parece si lo invitas al cine? Le gustan mucho las películas de artes marciales, le van las peleas y esas cosas.

—A mi no me gustan esas peli. Sabes que me voy con las románticas y los galanes guapos.

—No jodas Marisa, para conquistar hay que sacrificarse, a Fabio le encanta el fútbol, a cada rato me arrastra a ver algún partido y por la tele ni te cuento.

— Mejor me quedo solterona. Eso de ser tan complaciente no me va, en mi casa no complazco a nadie, ni a mis hermanos, y ahora resulta que para follar con un tío tengo que hacer lo que no me gusta.

—Es así mi amiga, si no quieres hacerlo pues a vestir santos.

—¿Tú cree que acepte la invitación? Me dijiste que tiene novia.

—Es cierto pero lo conozco, lo nuevo le encanta, además...

—¿Además qué?

— Sabe que todavía no la has visto en persona, eso los excita un montón. Un consejo, si te quieres acostar con mi hermano quítate la arrogancia y la creencia de que eres una de esas mandonas de la historia. Sé humilde.

—Eso tampoco me gusta. La humildad casi siempre es mentirosa.

— Pues mira, acostúmbrate a mentir, con la verdad a pelo no se llega ni al principio de una página.

—Joder Berta que raro hablas.

—Lo aprendí de mi abuela que no sé si en gloria está porque era una jodedora ciento por ciento. Dicen que engañó a mi abuelo hasta cansar. Al pobre los cuernos le arruinaron en andar.

—¿Por qué no la dejó?

—¿Dejarla? Mi abuela era una engancha hombre, mi abuelo la adoraba.

—De todas formas tengo mis dudas, no soporto que me humillen, para tu hermano solo soy esa muchacha que conoce de hace tiempo y es casi de la familia.

—No es por eso, sigue mis consejos, tienes que acostumbrarte a que cuando uno quiere algo lucha por conseguirlos. De verdad hija, tus padres no saben lo taradita que eres. No lo pueden saber, ellos tienen la culpa.

Sus padres si saben que algo falla en Marisa pero nunca se ponen de acuerdo en quien tiene la culpa, los dos disputaban a menudo por eso Javier casi siempre zanjaba la disputa con un los dos son culpables. La niña es un problema. Los padres ya se preocupan de su soltería eterna y la ausencia de pretendientes. La niña era normal, guapa. Es un plomo, decía Javier, es más pesada que un tren de cercanía.

A Fernanda la familia le asignó la tarea de averiguar qué pasaba. La pobre mujer quiso negarse pero entendió que era lo mejor. En cuanto tenga una oportunidad lo hago, dijo. A Marisa no le gustaba que nadie se metiera en sus cosas. Fernanda temía, la hija era imprevisible.

El día antes de comenzar su vida laboral Marisa llegó más feliz que nunca, por fin estaba a punto de ganar su dinero y de poder salir del agobio familiar. Quería ser independiente. Su hermano Arturo ya se había ido a vivir con la novia. Javier estaba a punto, ni loca se quedaba ella sola en casa con los padres, el empalago sería mucho, no lo podría soportar. Además sus padres hacían preguntas como con quién saliste, quién te llamó, la vecina se fue a vivir con su novio. Era innegable que toda la familia estaba al pendiente de su vida amorosa.

Marisa en el fondo también se preocupaba, le seguía gustando Lorenzo un montón pero cuando se decidía a dar un paso quedaba paralizada, el miedo era mucho y el muy cabrón no se daba cuenta. Berta desistió de aconsejarla.

Marisa sabía que todos espiaban sus pasos. A la joven las ganas la acosaban por eso se hizo el firme propósito de acabar una vez con la ansiedad que la consumía.

Llegó a su casa feliz y decidida, Fernanda le notó algo extraño en la mirada.

—¿A ti que mosca te picó?

—A mi, ningún bicho me picó, me pica allá abajo.

Fernanda Mendieta y Robles abrió la boca como pez que se ahoga. ¿Quién hablaba de picazón con esa frescura? Y lo hablaba con su madre, nada más faltaba. A Fernanda la mente se le quedó en blanco. ¿Qué se dice cuando una hija le suelta a la madre que tiene ganas de sexo? Pues se dice lo que se te ocurra en ese momento.

—Ya era hora pero mira bien con quien lo haces.

—No te preocupes, sé cuidarme.

Y la dejó en la cocina medio lela. Preocupada por lo del preservativo y qué carajo, aliviada porque su hija era normal, un poco extravagante pero bueno, nadie es perfecto.

Al otro día empezó nerviosa y con el corazón en un puño porque ya no podía aguantar más y hoy me mismo le planto cara a ese gigante que Lorenzo se llama. Primero una invitación al cine, después un paseíllo y unas copas, después si el asunto iba bien pues... ¿Pues que mujer? Pues le digo que me gusta un montón y que me lleve a la cama.

Cuando lo vio quedó helada, los pies le pesaban, no podía moverse, Lorenzo humeó, vio la tarta y los biscocho, probó uno, lo encontró delicioso.

—Tienes futuro en la repostería—dijo.

Ella seguía paralizada, lo tenía frente a ella con su pelo negro y abundante, sus ojos negros y brillantes, sus dientes de un blanco rutilante y todo su cuerpo fuerte y vibrante.

—Quiero que tener sexo contigo— dijo como una muñeca de trapo.

El frunció el ceño, acercó la cara, ella vio la burla.

—¿Qué dijiste?

—Que me gustas muchísimo, se me mojan las bragas cuando te veo, quiero que me lleves a la cama.

Lorenzo contuvo la carcajada, conocía a Marisa desde que eran unos críos, nunca le gustó. Siempre pensó que era una de esas que se creen que tienen la chicha de oro y la guardan para algún príncipe encantado. Caramba que la vida te da sorpresas. El joven la miró de arriba abajo, de abajo arriba, hasta él llegó el aroma a colonia fresca.

—Bueno, si tú lo quieres ya se verá, mejor lo hablamos después. ¿Qué te parece?

Marisa asintió con la cabeza, todavía no se podía mover ni creer lo que había hecho.

Trabajó todo el día afiebrada, avergonzada, triste porque Lorenzo estaba en lo suyo y no parecía haber olvidado la conversación. La idea del rechazo empezó a rondarle. Le dio pánico el papelazo. En un respiro fue donde Berta con los ojos nublados.

—No le gusto—murmuró temblorosa.

—¿De qué hablas?

—No le gusto, no me hizo caso.

—¿Qué hiciste?

—Le dije que quería follar con él.

Berta abrió los ojos, casi cae de la sorpresa, luego se repuso.

—Bueno ya hiciste tu locura, ahora trabaja tranquila, ten paciencia.

Algo así es difícil de digerir.

Estaba a punto de terminar su turno cuando Lorenzo se acercó a ella.

—¿Mantienes tu oferta?—preguntó burlón.

Marisa tembló de nuevo porque le hizo la pregunta con esa mirada que la derretía. La atacó la vergüenza.

—Si tú quieres—dijo ahogada por la vergüenza.

—Te llamo cuando salga—dijo.

Marisa terminó su turno, llegó a su casa y fue directo a su habitación, Fernanda todavía estaba en la lavandería, desde allí la llamó para preguntarle cómo había sido su primer día, ella dijo que bien. Era primera vez que trabajaba, todavía tenía que acostumbrarse a que la dirigieran, tiene varios coroneles, ser una soldada rasa jode un poco pero espera cumplir bien las órdenes. En cuanto a los dulces están contentos, dicen que tiene futuro como dulcera.

La madre no la notó contenta, cierto que su hija estaba mal preparada

para enfrentar la vida de empleada pero tenía que acostumbrarse, para su desgracia no nació rica.

Todo quisieron saber cómo le fue a la pequeña de la casa. Todos se dieron cuenta que no le gustaba mucho trabajar, a ninguno le extrañó. Ustedes tienen la culpa, dijo una vez más Javier, el crítico de la familia. Esa creyó que este mundo es de orégano. Es de ortiga ponzoñosa, así que tiene que aguantarse,

Cierto que Marisa estaba un poco compungida, pero también contribuía su enredo con Lorenzo. Un trabajo de mierda y un metejón no correspondido la deprimen. Quiere trabajar para ser independiente pero en el fondo lo que la hunde es la palabra siempre. Verse como una dulcera de por vida no le place para nada.

Se acostó un rato, quedó adormilada, vio a su madre asomarse, después a los demás, joder con esta familia. Se viró, ahorita era la hora de la cena. Seguro habría preguntas. Resulta que los hermanos vinieron a joder y eso que Javier se fue hace dos días. Que desgracia, nunca se iba a zafar de una familia que ya estorba. Cerró los ojos tratando de aislarse pero sonó el móvil, Marisa lo cogió, no reconoció el número pero sí la voz.

—¿Qué te parece una salida a tomar algo? Te espero a la nueve en la cafetería de la esquina.

Quedó temblorosa con el móvil en la manos, el corazón palpitaba.

Se duchó con esmero, se puso vaqueros nuevos, camiseta suelta y una chaquetilla por el tiempo fresco. Se hizo un moño en la nuca, coloreó las mejillas y los labios. Marisa era normal, ni pechugona ni destetada, ni fondona ni desculada, todo en su justo medio. Se veía guapa y más cuando reía y cuando miraba con los ojos grises de pestañas alargadas. El color los

heredó de su padre, Soler todavía cautivaba con la mirada de sus ojos claros.

Cuando salió la familia la miró extrañada, los hermanos y sus novias, Soler y Fernanda la esperaban para cenar y con el cuéntame como te fue pero se toparon con una Marisa lista para salir. La estampa de la joven los dejó mudos. Nunca la habían visto tan entregada al arreglo, no parecía una princesa pero sí una espectacular muchacha.

Casi al abrir la puerta les habló.

—Lo siento pero tengo una cita—dijo sin preámbulos—, no voy a comer. No me gusta trabajar pero no pienso dejarlo. Y me voy, se me hace tarde.

Todavía mudos la vieron salir y mudos quedaron por un rato. Lucía la novia de Javier se aguantó para no reír. Soler no estaba para risas.

—¿No te dijo con quién en era la cita?—preguntó a Fernanda.

—Ni siquiera me dijo que tenía cita, llegó y se encerró en su cuarto—contestó Fernanda.

— Espero que sepa lo que hace—dijo el padre.

—Es aniñada pero mi hermanita es fantástica—dijo Arturo con admiración.

— El problema no es ese— intervino Javier—, el problema es que todo lo hace a lo loco o a lo loca. Debieron revisarla cuando nació.

— Deja de decir bobería—dijo Soler—, la niña es muy normal, a pesar de sus prontos, confío en ella.

Fernanda puso punto final al asunto con un vamos a cenar que la cena se enfría. Y Soler tiene razón, es hora de que la dejemos andar sola.

Marisa llegó puntual, tuvo que esperar a Lorenzo que al aparecer en la moto le pidió disculpas, los dos vivían cerca pero Lorenzo no caminaba ni

que aquí allí. Siempre andaba en su moto que exhibía como coche de lujo. La quiere más que a nadie, decía Berta.

—Sube— le dijo.

Marisa titubeó.

— Sube, vamos un rato al bar de Segundo.¿ Sabes cuál es?

Marisa asintió con la cabeza.

—Pues vamos, conversamos y tomamos algo.

Marisa conocía a Lorenzo desde niña, siempre lo vio protector y cariñoso. A pesar de las críticas de Berta, el joven le inspiraba mucha confianza. Además se le encogía el estómago nada más mirarlo.

Subió, él le dio el casco para que se lo pusiera, luego le dijo que se sujetara bien. Ella se pegó a su espalda, los abrazó y sintió el corazón paralizado. Joder tanta emoción la iba a matar. Lorenzo por su parte tenía dudas. En ningún momento se planteó acceder a los deseos de Marisa, se conocían desde siempre, la veía malcriada y pesada, no era atractiva para su gusto. A Lorenzo lo extraviaban las opulentas, fondonas pechugonas, expertas en la cama. Muy distante estaba Marisa de esas mujeres. No era sexi, no tenía nada que provocara. El joven le picó la curiosidad, la invitó más bien para pasar un rato pero cuando la vio algo se le desajustó. Le dieron ganas de besarla. Estás loco Lorenzo, Marisa no te gusta.

La sentía a su espalda, su cuerpo pegado al de él lo enervó, condujo y ya no pensó más, fue sin detenerse y aparcó frente a un edificio, le dijo baja. La cogió de la mano y subieron, entraron a un piso, el prendió la luz. La miró, luego la atrajo, quiso besarla, ella lo aparto con suavidad.

—Tienes que enseñarme todo, no sé hacer nada.

—No te preocupes, déjate llevar.

La atrajo de nuevo, la besó, con los labios cerrados, luego le dijo abre

la boca y la lengua entró como espada de sabio. La pegó a él y siguió besándola, de vez en cuando paraba, le alzaba la barbilla y le decía aprendes bien chiquilla y empezaba de nuevo, luego los labios fueron bajando, colocaron besitos huérfanos en el cuello. Después mordió los pezones por encima de la tela, alzó la camiseta, zafó el sostenedor y lamió suave. Marisa aguantaba los suspiros.

Lorenzo siguió, besó el ombligo, abrió la cremallera, metió la mano, frotó el clítoris. bajó los vaqueros, acarició las nalgas, se agachó besó la tela fina y transparente, bajó las bragas y pasó la lengua por el pubis, le dijo abre las piernas y metió la cabeza. La lengua transito sin barreras. Marisa se pegó a la pared para no caer, mientras aguantaba el gemido con pena que saliera.

Le sacó el jugo diestro, luego se alzó y le dijo que se quitara toda la ropa, ella lo obedeció temblorosa, él se desnudó, la levantó como una pluma y la llevó a la cama. Se viró de espalda y se puso protección, luego se volvió

—¿Nunca lo has hecho?—preguntó.

—No —dijo ella.

Entonces Lorenzo le abrió las piernas, besos sus costados, volvió a chupar su vulva, la erizó y le dijo no temas. La penetró con cuidado. ¿Te dolió? Un poco, dijo ella, el se movió, ¿Ahora? Menos, dijo ella. El se alzó, afincó los brazos en la cama, la entró y la metió con cuidado. ¿Y así? Marisa no contestó porque el ahogo no la dejaba hablar, apretó los dientes cuando el ritmo se hizo acompasado. El placer fue creciendo y la muchacha no pudo aguantar más, lo abrazó, besó su torso fuerte, su cuello, sus labios y movió las caderas para acomodarla al pene que se movía, que empujaba. Buscaron el ritmo único, el dúo perfecto y el placer total llegó para sacarlos del tiempo y la memoria.

—¿Te gustó?—preguntó él.

Lorenzo la miró burlón, Marisa trató de esconder la vergüenza.

—Si —dijo en voz baja—.

—¿Qué te parece si nos duchamos?—preguntó Lorenzo.

—¿Ahora?

—Si.

Marisa calló unos segundos.

—Está bien— dijo.

Se metieron en la ducha, Marisa se puso un gorro que encontró, no quería llegar con los cabellos mojados. Lorenzo la besó sonriente, nadie se dará cuenta, nos seas tonta. La siguió besando, le rozó el oído con los labios, le preguntó si le dolía, dijo que no. Le preguntó si quería hacerlo de nuevo, ella agachó la cabeza, dijo que sí tan bajo que no se escuchó. El le alzó rostro, dime que sí, mirándome con tus ojos preciosos. Si, dijo, Lorenzo salió de la ducha, se puso protección entró de nuevo, la pegó a la pared y le dijo que levantara la pierna y se afincara, la penetró con cuidado. Esta vez Marisa no aguantó los gemidos, no aguantó el suspiro ni el afán que la devoraba. Se olvidó de todo y gozó cada estocada, cada frote y cada empuje hasta que la verga gloriosa la hizo gritar como gata enfebrecida.

Marisa le dijo a Lorenzo que tenía que regresar, se vistieron, el le preguntó si en su casa sabían que salió con él, contestó que no. Mejor que no sepan, dijo, creo que no les gusto mucho. Tenía razón, la fama de Lorenzo se extendía más allá, era buen trabajador pero desde siempre se ha sabido que el joven es un pica flor. Berta la alertó.

—¿De quién es este piso?—preguntó Marisa.

—De un amigo.

La joven calló, sintió una leve punzada, seguro aquí traía a todas. No te quejes, Berta se lo dijo. Lorenzo, la atrajo, la besó en la frente.

—Sube—le dijo.

Hubo una sonrisa, un beso dos besos en la mejilla y un saludo con la mano. No hubo un mañana nos vemos, un me gustas mucho, ni un la pasé muy bien contigo, Marisa quedó parada viéndolo partir. Había pasado un rato maravilloso con Lorenzo pero no sabía si habría un segundo encuentro.

Entró a su casa tristona, Fernanda y Soler respiraron aliviados al verla llegar, la saludaron y siguieron mirando la tele. No querían dar a entender que la esperaban. Marisa fue a la cocina y bebió agua, recordó que no había comido nada, buscó algo en el frigorífico. Bebió un vaso de zumo, comió unas galletas, salió al salón, dijo que iba a dormir, los padres dijeron que también. Mañana tenían que trabajar.

—¿Cómo la viste?—preguntó Soler.

—Igual que siempre, con ella nunca se sabe—dijo Fernanda.

—No la vi contenta.

—Basta ya Soler, Marisa no es una niña. Apaga la luz.

Marisa en su habitación daba vueltas sin saber por qué. Hoy tuvo un día para recordar, empezó su vida laboral y tuvo sexo por primera vez pero algo no encajaba. No quería ser una dulcera eterna, tampoco quería un compromiso prematuro. Follar con Lorenzo fue maravilloso pero el joven no cumplía sus expectativas, la joven aspiraba a más. Lorenzo era un almacenero sin mucho futuro, cierto que era jefe de sección pero de ahí no pasaba. Tenía una madre en el paro y una hermana que empezaba como ella.

La muchacha era para muchos malcriadas e inmadura pero estaba convencida de que si se lo proponía podría ser mucho más que una dulcera. Los padres quisieron que estudiara pero se negó porque creía que en el mundo de hoy no era el estudio lo que te abría las puertas de la dicha.

Dejó de dar vueltas y se paró frente al espejo. No había que apresurarse, a lo mejor cuando menos lo esperara, aparecía una buena oportunidad para triunfar.

Lorenzo al dejar a Marisa fue al bar de Segundo.

—Se sentó en la barra y pidió un trago.

El joven estaba arrepentido, su novia le gustaba, no debió meterse con Marisa, nada tenían en común. A lo mejor y ahora quería seguir, él no estaba para andar con crías. Hasta ahora se ha negado a formalizar una relación porque no ha querido ataduras, sólo con Estela se ha planteado estabilizarse, ella es jefa de departamento en otro supermercado, gana buen salario y le ha demostrado que lo ama. Mucho le ha aguantado su novia, mucho le aguanta, no puede seguir haciéndole daño.

Lorenzo se sentía culpable, lo de Marisa lo descolocó, nunca se le ocurrió que la joven le haría una proposición tan loca. La invitó por curiosidad y por vanidad. No es fácil negarse. Debiste hacerlo, se dijo molesto. Ahora se siente perdido. Al invitarla creyó que sería algo simpático, algo que suele pasar pero que se diluye sin llegar a nada serio. Con esa idea fue a buscarla pero cuando la vio perdió el control.

Bebió un trago, miró al techo, no tenía por que estar tan jodido, follar con una chica guapa no era una tragedia. Bajó la vista y se miró al espejo. Escuchó el móvil, lo sacó del bolsillos, era Estela.

—¿Dónde estás?

—En el bar.

—Te llamé, tenías el móvil apagado.

—Estuve liado con la moto, te dije que sentí un ruido, la llevé donde Francisco.

—¿Ya la arreglaron?

—Sí, claro, está afinadita.

—¿Vienes esta noche?

—Estoy cansado amor, tuve un día fatal en el trabajo, después lo de la moto, creo que voy a dormir a casa. Mañana temprano paso por el súper.

Quedó con el móvil en la mano, sin saber por qué busco el número de Marisa. Estuvo a punto de llamarla pero desistió.

—¿Qué me cuenta el hombre de las mil mujeres?

—No tengo nada que contar.

—No mientas, vengo del piso, dejaste aquello hecho una hostia.

Esteban se sentó a su lado y ríe con malicia.

—Así que solo voy a conversar con ella.

—No quiero hablar de eso, hice una locura.

—¿Te volviste loco o te volvieron loco? Ya conozco tus historias amigo.

Lorenzo y Esteban se conocían desde el inti, su amistad era de esas que se mantiene intacta a pesar del tiempo. Ambos se complementaban, Lorenzo era díscolo, mujeriego, no quiso estudiar porque no podía darse ese lujo, empezó a trabajar. Esteban se hizo ingeniero, trabaja en una empresa y se casó siendo muy joven. Al poco tiempo se divorció, se volvió casar, se divorció otra vez y ahora vive con una doctora. Lara tiene un buen piso en lo más céntrico de la ciudad, Esteban se mudó con ella y tiene su piso cerrado. Se lo presta a Lorenzo para sus correrías, entre ellos no hay secretos.

—Eres un cabrón, seguro viniste a curiosear.

—No te niego que la historia de la proposición me dio mucho morbo, pero no estoy aquí sólo por eso sino también porque Lara tiene trabajo en el hospital.

Esteban pidió un trago, miró a su amigo pensativo.

—No andas bien.

—No, me siento culpable por la pobre Estela.

Esteban estuvo a punto de soltar la carcajada.

— No te engañes Barón Rampante, a la Estela no la quieres ni para que te escarbe los huevos. La pobre mujer sólo es un buen partido. Qué conste que te entiendo.

—Claro que me entiendes, Lara también es un buen partido.

— Tienes razón pero así son las cosas, estos tiempos no son fáciles para el romanticismo.

—No soy muy leído como tú pero en todos los tiempos las conveniencias han existido.

—Tienes razón, los reyes se casaban por razones de estado, los matrimonios se pactaban y las dotes se perseguían como el gavián al pollo. Vivimos en tiempos de brujas. La pócima mágica es el dinero. Seguro la chica de hoy está peladita, no tiene ni una alforja pero según parece es la que te gusta.

—No sé, todo es muy confuso. Ella aspira a un príncipe. Tiene complejo de Cenicienta.

—Casi todas las mujeres padecen de ese mal. Creen que se merecen un príncipe.

—Creo que esta más.

—Ya veo por lo que estás así. Si de eso se trata olvídala, por lo menos para Estela eres su príncipe.

—Sí, creo que tiene razón.

—Hace tiempo te propuse lo de Alemania, mi amigo Sergio tiene un buen empleo para ti en su centro comercial

—No puedo dejar a Berta ni a mi madre.

— A propósito, hablé con Lara sobre tu madre. A lo mejor le resuelve algo en el hospital.

—De verdad que eres grande amigo, siempre tirándome un cabo.

—Ya lo dice el dicho, sin buenos amigos no hay paraíso.

A otro día Marisa fue al trabajo decidida a no alentar a Lorenzo. Empezó a preparar la masa para el pastel y los dulces. Temblaba por dentro con la sola idea de verlo entrar por esa puerta, las piernas le flaqueaban y el nudo en el pecho no la dejaba respirar. Mucho tuvo que concentrarse para desviar sus pensamientos de lo que ocurrió anoche, Lorenzo no salía de su cabeza. Después de preparar la masa y los ingredientes, miró la hora. Aprovecho y fue a ver a Berta.

—¿Dónde está tu hermano?

—No sé, creo que fue a buscar mercancía.

—¿Te llamó?

—No.

Berta la miró, vio el nerviosismo.

—¿Qué te pasa?

—Anoche me acosté con tu hermano.

—Ah, es eso. Hija pero eso no es para tirar cohetes, todo el mundo folla.

—¿No te dijo a qué hora venía?

—Oye que mi hermano y yo no somos uña y carne, cada cual anda en lo suyo. Si tan loca está por verlo llámalo pero recuerda lo que te dije. Lorenzo tiene novia, creo que están a punto de formalizar, Estela lo adora, así que mejor lo dejas tranquilo, te lo digo por tu bien.

Marisa regresó a lo suyo con ganas de llorar. Estaba decidida a no perder la cabeza por un almacenero pero la tenía tan perdida que andaba como pollo sin cabeza. La vulva se le erizaba nada más pensar en él. Sentía revoltura de estómago y los deseos de llorar no se le quitaban. Si no lo veo hoy me muero, se dijo más infeliz que cadáver sin sepultura.

Apretó los ojos para aguantar las lágrimas y la voz tras ella estuvo a punto de traspasarla, se volvió y sus ojos grises lo miraron con alegría y Lorenzo le rozó la cara con los labios y le preguntó si lo esperaba y ella le dijo que estaba a punto de morirme porque no te había visto. Entonces él le susurró al oído un nos vemos esta noche a la misma hora y en el mismo lugar.

Para asombro de la familia salió a la misma hora de ayer. Soler y Fernanda se miraron intrigados, los hermano recriminaron a los padre. No son capaces ni de averiguar con quién está saliendo. Se les había ocurrido pero no se atrevían a preguntar, Marisa tenía unos prontos temibles.

La joven llegó puntual, esta vez Lorenzo la esperaba, subió a la moto, se puso el casco y se abrazó a él, apoyó la cabeza en la espalda del joven y se sintió en la gloria. Lorenzo por su parte conducía sin pensar, el deseo de llegar lo atenazaba,

Subieron y se repitió la historia, el joven abrió, encendió la luz y la atrajo, esta vez ella avanzó más, se pegó a él. Hoy repasaremos la lección. ¿Que te parece si me besas? Ella lo intentó, lo besó en los labios, luego abrió

la boca y las lenguas se encontraron, Marisa se sintió desfallecer. El la separó, eres buena alumna, dijo burlón. Ella se apretó más alzó el rostro y lo miró tierna, luego lo besó en el cuello, pegada a él le levantó el jersey, se agachó y lo besó de arriba abajo, zafó el cinto, abrió la cremallera, tocó el bulto, sacó el pene, pasó la lengua por el prepucio. Lorenzo ahogado la levantó. Todavía no chiquilla, le dijo, eso vendrá después. Ahora quítate la ropa, ella obedeció despacio, se apartó y quedó frente a él totalmente desnuda. La cargó ay la llevó a la cama, se quitó la ropa, se puso protección. Se acostó a su lado. Le dijo súbete. Marisa se encaramó, metió la verga en su vagina y echó el cabello hacia atrás, empezó a moverse mientras él conducía sus caderas y le decía muévete bien para que goces más chiquilla guapa. Ella siguió, se echó hacia atrás y empezó subir y bajar como una ola mientras Lorenzo jadeaba, casi en el delirio se alzó, mordió sus pezones, los chupó. Marisa echó la última galopada, gimió, cerró los ojos y sintió su vulva temblar estremecida mientras Lorenzo la abrazaba y caía en el delirio.

Marisa quedó unos segundos encima de luego se fue de lado, se pegó y le besó el costado, el joven se volvió y besó su frente. Estuvieron un rato sin hablar hasta que Lorenzo se ladeó y le besó el lóbulo de la oreja mientras su mano bajaba y se metía en su sexo. Los dedos hurgaron, frotaron la vulva, entraron y salieron. El frote fue subiendo y Marisa empezó a arquearse. Entonces el joven se sentó en la cama y la sentó encima. Empezaron de nuevo. Follaron sin parar, follaron sin respiro. Lorenzo la puso de todas las maneras, le chupó hasta el sentido. Marisa quiso morir trapazada por el falo prodigioso que la elevaba a los confines. Lorenzo deseó perderse en los pasadizos de un túnel de donde salía desvalido.

Al otro día volvieron a verse. Déjame besarte aquí, le dijo y bajó y besó su sexo con delicadeza, metió la lengua con suavidad, la lengua rodó

por los costados, luego se detuvo en el clítoris, ahí quedó dando vueltas, entró en la vagina, anduvo despacio. Ella tenía las piernas levantada, los pies afincados en la cama y ofrecía su sexo como ofrenda. Los muslos apretaron, el cuerpo se arqueó como si quisiera exorcizar el fuego que la quemara.

Marisa quiere huir en esa angustiosa paradoja de perpetuar el placer y a la vez desear el fin. El acoso siguió implacable, ella movía la cabeza, se alzaba. Lorenzo arreció el combate, ella jadeante rogó, pero él siguió atacando hasta que los pies de la joven se torcieron y el cuerpo se hundió en el glorioso temblor del espasmo final.

Ella bajó las piernas, suspiró pero él regresó. La alzó, se sentó y la puso encima de espalda, le dijo éntrala. Ella lo hizo y se estremeció al sentir el miembro en su vagina. Él apretó su cintura, la subía, la bajaba, ella se inclinó hacia delante, se apoyó en las piernas del joven y empezó a cabalgar haciendo brotar un ritmo con sonido a melodía antigua, a rumor de agua, con olor a tierra calcinada. Él la detuvo, la echó a un lado y se subió encima. Se movieron suave mirándose a los ojos, besándose los párpados, los labios los oídos, lamiéndose los torsos. De nuevo se detuvo, la atrajo, se sentó y la puso encima de frente. Ella se echó hacia atrás, se erguía y se apoyaba con las manos en la cama, luego él la atraía, apretaba sus nalgas, El ritmo siguió y él mete y saca provocó de nuevo el ahogo volvieron los gemidos y él mordió sus pezones, la flageló con su verga de centurión experto, ella respondía, murmuraba las palabras que piden y rechazan. Se movieron hasta que la canción se expandió y los cuerpos se perdieron en el abismo para caer en la planicie desorientados y felices.

Lorenzo y Marisa siguieron viéndose casi todas las noche, los encuentros eran cada vez más apasionados. En unos de esos encuentros fue tanta la locura que Marisa perdió la noción del tiempo, se asustó por la hora.

Se despidieron igual que ayer. No palabra de continuidad, ni siquiera un amago de un mañana pero la joven como siempre llegó a su casa con las ganas de volver a verlo. Casi no aguantaba la soledad del ya no estás. Lorenzo fue a dormir a su casa, no se atrevió a ir donde Estela, el deseo de tener a Marisa junto a él lo mortificaba.

Esta vez Fernanda y Soler se atrevieron a preguntar, el susto por la tardanza les quitó el miedo. Tenían que saber con quien andaba la joven. Así se lo hicieron saber. Marisa los miró y lo soltó de un tirón.

—Salgo con Lorenzo—dijo.

Soler se levantó de un salto.

—¡Tú estás loca! Ese chico no es de fiar, tiene fama de andar con un montón de mujeres. Además es un fracasado, no tiene ningún interés en progresar. Te mereces otra cosa hijita, créeme.

Soler daba vueltas por el salón mientras Fernanda trataba de calmarlo.

— ¡Ya basta papá!— gritó Marisa—, no he dicho que me vaya a casar con él, ni siquiera soy su novia. Me preguntaron con quien salía y les dije que con Lorenzo. Eso no significa nada.

—Tampoco me gusta que andes por ahí saliendo con cualquier tipo— dijo Fernanda—, eres muy joven, inexperta.

—Soy mayor de edad, una mujer no una niña, sé cuidarme—dijo Marisa—, solo les pido que no se preocupen yo tampoco quiero una relación seria y menos con Lorenzo pero el es divertido, atento, la paso bien con él. El tampoco quiere nada serio, tiene su novia.

Marisa se encerró en su habitación y dejó a los padres entre tranquilo y asombrados. No era nada serio pero se fue a las nueve y son las dos de la

mañana. No quiere compromiso casi todas las noches se va y se le ve bien alborotada. El joven tiene novia y eso ni le importa.

—Si yo lo digo, esta juventud de ahora es la hostia—dijo Soler bufando.

—Tenemos que confiar en ella—dijo Fernanda—, la conozco, eso de ser la chica del almacenero seguro no le gusta. Ten paciencia, ahorita se le pasa el embullo.

Soler suspiró ruidosamente

—Está bien, si tú lo dices, esperemos y vamos a dormir, no sé si pueda conciliar el sueño, esta tardanza me puso muy nervioso, la muy hija de tal tenía el móvil apagado.

—Son cosas de jóvenes—dijo Fernanda—, ahora por lo menos tenemos el móvil, antes ni eso.

Marisa en su cuarto daba vueltas en la cama. Sus padres tenían razón, Lorenzo además de don nadie, tenía un montón de mujeres detrás de él. La Estela, según Berta, lo quería tanto que no le importaba mantenerlo. Había otra, una tal Angélica que todavía se aparecía llorando por su hermano. Lorenzo no era de fiar, ni aunque lo fuera, no se iba a enredar con un almacenero al que el tiempo se le iba en andar con mujeres y correr como un loco montado en una moto. Berta muchas veces se asusta porque el hermano es tan descerebrado que un día de estos es capaz de tener un accidente.

Todo eso la joven lo tenía muy claro, lo que no entendía por qué algo no encajaba, por qué se repetía una y mil veces que Lorenzo valía menos que un sofá desvencijado y su corazón saltaba al recordarlo. Por qué no podía verlo como todos, por qué el Lorenzo con el que se acostaba nada tenía ver con que ese otro. No importa como lo veas tú, sino como lo ven los demás, se dijo, decidida a terminar de una vez con esa historia.

Al otro día llegó al súper molida y muerta de sueño. Rebeca, la otra dulcera preguntó qué le pasaba. Marisa estaba rendida y llena de dudas. Le preguntó a Rebeca si no había visto a Lorenzo. La amiga de hace poco le dijo que estaba en el almacén.

—¿Te gusta Lorenzo?

Marisa suspiró y movió la cabeza afirmativamente.

—No me extraña, a casi todas les gusta Lorenzo, dicen que en la cama es un fenómeno, dicen que tiene picha asesina. Ni se te ocurra follar con él— Rebeca la miró perpleja—. ¿No me digas que tú también caíste? No, me lo puedo creer. Lorenzo se ha tirado a casi todas las chicas del súper. Ahora se comenta que tiene novia fija, una tal Estela a la que le pega los cuernos sin compasión.

Al escuchar a Rebeca Marisa enrojeció de vergüenza, seguro que todos sabían que era la nueva conquista de Lorenzo.

—¿Tú lo sabías?

—¿Qué cosa?

—Que yo era la nueva conquista de Lorenzo.

— Algo me habían comentado pero no me lo podía creer.

Marisa salió echa una furia, fue a ver a Berta muerta de vergüenza.

— Voy a matar a tu hermano—le dijo a Berta.

—¿Por qué?

—Porque soy el hazme reír del súper. Lorenzo es un cabrón que se ha follado a todas las de aquí.

— No tanto, unas cuantas.

— ¿Y me lo dices así?

—¿Así como?

— Tan fresca, tan pancha.

A Berta también se le subió el moño, dejó de colocar las alubias y se

encaró a Marisa molesta.

—Si hay alguien que no puede quejarse de mi hermano esa eres tú. Lorenzo jamás te tiró los tejos, jamás lo hubiera hecho, en primer lugar porque no eres su tipo y en segundo lugar porque te conocía desde que éramos unas crías pero tuviste la brillante idea de decirle que querías follar con él. Te lo dije Marisa, bien que te aconsejé pero tú quisiste ser más lista que el pan, mira el resultado. Lo provocaste y ahora es un cabrón. Eres una hipócrita.

—Será todo lo que tú digas pero no quiero ver a tu hermano ni en pintura, le dices que no quiero verlo más en mi vida.

—Eso se lo dices tú. A mí no me metas en tu enredo. A mí no me engañas ni tú ni muchas como tú. Después que te comiste el dulce ahora te empalaga, en el fondo estás bien enrollada con mi hermano, esto que has armado no es más que un pretexto. Nos conocemos Marisa, mi hermano no es el príncipe que buscas. Seguro que en tu casa piensan que te mereces algo mejor, seguro todos lo piensan. Yo te dije quien era mi hermano y me duele que lo hayas provocado para ahora restregarle que no es un buen partido para ti. Ojalá y encuentres lo que buscas. Vete, bórrame de tu lista de amistades.

Marisa se fue a trabajar, hizo sus dulces, sus tartas y sus biscochos tratando de sentirse aliviada, a cada rato miraba la puerta, en fondo deseaba ver a Lorenzo entrar pero no lo vio. Seguro Berta habló con el, al pensar eso creyó que se moría. Se sintió tan mal que fue al váter y se sentó desfallecida. Ella lo provocó, el nunca se hubiera acercado a ella, Marisa se sintió más que miserable. El deseo de correr a pedirle perdón la empujó. Fue al almacén pero Lorenzo no estaba, Marisa rodó hasta el piso y lloró sin consuelo. La certeza de haber perdido a Lorenzo para siempre la hundió.

Ese día llegó a su casa muerta de pena, se encerró en su cuarto, no

quiso comer y Fernanda se asustó a escuchar los sollozos. No abrió, estuvo llorando hasta que el padre le ordenó que abriera. La muchacha se abrazó al padre que al verla llorar se puso como un flan. Fernanda le trajo agua y una pastilla, cuando se calmó le rogaron que tomara algo de caldo.

Al rato Marisa se durmió entre sollozos y suspiros. Al otro día se fue al trabajo dispuesta a hablar con Lorenzo pero cuando fue al almacén le dijeron que estaba en el otro súper haciendo un trabajo. No le quedó la menor duda de que el joven la esquivaba, eso a le dolió tanto que tuvo que hacer esfuerzos para no llorar.

Trabajó como un alma en pena, antes de irse se llenó de valor y fue a ver a Berta, la hermana de Lorenzo la miró como si fuera una bruja. No le dio tiempo a pedir excusas.

—Quédate tranquila—le dijo—, mi hermano te da toda la razón, no tienes por que sentirte culpable, Lorenzo no entiende de rencores, cree que te mereces otro tipo de hombre.

—Yo quiero hablar con él— dijo aguantando el llanto.

— Dice Lorenzo que no hay nada qué hablar.

—¿Dónde está él?

—No lo sé Marisa y no sigas que me paras el moño de nuevo. Mi hermano y yo te conocemos bien, no sigas jodiendo. Déjalo tranquilo.

Se fue del trabajo compungida, de todas formas necesitaba hablar con Lorenzo. Llegó a su casa más animada, no le sorprendió que Javier y Lucia estuvieran, la pendencia del hermano era antológica, así decía su hermano Arturo, ella le daba toda la razón. La joven fue a su habitación, se tiró un rato en la cama, Fernanda le preguntó si estaba bien, ella contestó que si, al rato se duchó, se vistió y dijo que regresaba enseguida. Fernanda y los

otros la vieron partir sin saber qué le ocurría.

—Eso me huele a mal de amores—dijo Javier.

—No sé, anoche se pasó casi toda la noche llorando, pero esta mañana la vi mejor. A lo mejor no debimos decirle nada de Lorenzo, creo que fue peor.

—Hicieron bien—dijo Lucía—, ese chico no tiene muy buena fama.

— Sí pero a veces una nunca sabe—dijo Fernanda—, Marisa me da miedo. Es tan impulsiva.

—Es una malcriada y no te preocupes tanto madre, ella es teatrera. Mi hermanita tiene que aprender que la vida no es un carnaval.

Javier estaba francamente molesto, él también tenía sus miedos pero no podían seguir con eso de que la niña es así, que sí le da el ataque. Vaya mierda.

— Ya no pelees, esperemos que todo esto pase, es primera vez que anda en estos líos amorosos. Todos hemos tenido épocas malas, ella sabe que ese chico no le conviene.

Marisa llegó al bar de Segundo y se sentó en una mesa apartada, pidió una jugo de mango y se dispuso a esperar. Sabía que casi todas las noches Lorenzo iba con algún amigo a beber unas copas. Bebió despacio y cuando ya estaba a punto de irse decepcionada lo vio llegar. Al verlo Marisa supo que había hecho la burrada de su vida. Lorenzo era ese joven de mirada tierna, de sonrisa tibia y de andar seguro. Nadie como él para lograr que el temblor la recorriera desde la cabeza hasta los pies. Lorenzo venía con otro hombre que se detuvo y le dijo a Lorenzo que se sentaría en la barra a esperar.

El joven se acercó, se sentó.

—¿Qué haces aquí?

—Vine a ver si te veía.

—¿Para qué?

—Estaba loca por verte. Lorenzo no me dejes.

—No voy a dejar lo que nunca tuve, Marisa. Sabes que no es posible.

—¿Por qué?

—Porque quieres otra cosa, porque mañana tendrás dudas y porque soy como soy y esto no funciona.

—Lorenzo déjame probar.

—¿Probar a ver si sirvo para ti? ¿Quieres que me convierta en el hombre que esté a tu altura? Lo siento preciosa. No olvides que te conozco, el error fue mío. Cada cual es como es. Yo no quiero cambiarte, no pretendas que yo cambie para ser digno de ti. Busca tu príncipe Marisa. Déjame tranquilo, por favor.

Lorenzo se levantó y fue hacia la barra. Marisa salió, respiró fuerte y echó a andar.

—¿Te duele?— preguntó Esteban.

—Bastante.

—¿Podríamos decir que te has enamorado?

—Posiblemente.

—Es una chiquilla.

—Lo es.

—Te quiere Lorenzo

—Lo creo, pero pesa el que dirán y su familia.

—De verdad que hay cada gente tonta por ahí. ¿Que te parece un whiskey?, yo invito.

—Muy bien.

Bebieron en silencio, Esteban sabía que Lorenzo no estaba bien, trató

de sacarlo a flote.

—Tienes a Estela

— En estos casos los sucedáneos son fatales.

—¿Entonces que harás?

—No sé, estoy tratando de que me dejen en el otro almacén tengo que poner distancia. Ella seguirá insistiendo y no sé si podré aguantarme.

Esteban de repente se dio un golpe en la frente con el puño.

—Viejo con este royo, se me había olvidado. Lara dice que le tiene casi resuelto el trabajo a tú madre, hay una plaza en el comedor. Dice que se presente lo más rápido posible.

—¿Te lo sacaste de la manga?

—Nada de eso, me lo dijo hoy mismo.

Lorenzo suspiró.

—No te doy un beso porque no eres mi tipo— dijo Lorenzo risueño —, no si yo lo digo, sin buenos amigos no hay paraíso.

—Lo siento, eso lo digo yo.

—Que más da, es lo mismo. ¿Celebramos con otro trago?

—Claro.

Bebieron y rieron, hicieron chistes y se negaron a hablar mal de mujer porque a pesar de que a veces muerden fuerte nos dan ganas de tenerlas para follarlas y que nos follen como está escrito en el oncenio mandamiento.

—Eso lo he oído—dijo Esteban—, seguro lo dije yo.

— No lo dije yo ni tú—dijo Lorenzo—, siempre te quieres adjudicar todos los dichos del planeta tierra y de los otros que no se de qué son ni dónde están.

A pesar de la negativa de Lorenzo Marisa fue para su casa menos triste. Verlo tan él como siempre, escucharlo le dio la certeza de no ser una de esas que se follaba cada día. Caminó resuelta, segura de poder

convencerlo. Marisa ya no tenía dudas, lo amaba, era el hombre de su vida. También sabía que no era una más y que el joven la deseaba.

Marisa se propuso conquistar a Lorenzo, borrar la estupidez que cometió, demostrarle que sin él nada le importaba. Tenía que hacerle ver que lo querría siempre así fuera mago, vendedor, frutero, malabarista o errabundo. Lo quería a morir, sin él todo sobraba.

Llegó a su casa más tranquila, Javier y Lucía todavía estaban, acompañaban a Fernanda que la esperaba nerviosa. Al verla entrar respiraron tranquilos, por el semblante de Marisa dedujeron que la tormenta había amainado. La joven fue a la cocina, desde allí gritó que tenía hambre, Fernanda le dijo que había pollo en el horno, comió con apetito, luego tomó un poco de leche. Salió de la cocina.

—No me miren así—dijo burlona—por desgracia para ustedes no voy a morirme. Se viró para ir a su cuarto, de repente se detuvo, se volvió.

—Se me olvidaba una cosa—dijo seria—, quiero a Lorenzo, no pienso dejarlo.

Marisa se puso su ropa de dormir, se miró al espejo, estar enamorada era maravilloso y más si era de un hombre como Lorenzo. La joven lo extrañaba, ahora mismo daba cualquier cosa por estar con él. Seguro todos pensaban que estaba así porque era el primer hombre pero ella no necesitaba tener experiencia y esas vainas. No había nadie como él.

Ya estaba a punto de irse a la cama cuando sintió toques en la puerta, la voz del padre la sorprendió con un quiero hablar contigo. Marisa le abrió, Soler la le paso el brazo por los hombros, le besó los cabellos y la guió hacia la cama. Se sentaron.

—Según me cuentan parece que has tenido problemas. No te

preocupes esas cosas nos pasan a todos. Ya verás que el tiempo ayuda. La primera vez creemos que el mundo se acaba, después uno se da cuenta de que el mundo sigue y que no es bueno precipitarse. Ese joven no te conviene hija, sé que ahora los padres poco tenemos que hacer en los asuntos de los hijos pero un consejo no viene mal. No es porque sea un simple empleado, nosotros lo somos es porque Lorenzo es uno de esos que sólo está para fiestas y mujeres, le gustan todas, te puede hacer muy infeliz. Puede que ahora esté un poco embullado, pero quien quita que pronto se enfríe. Eres muy joven, tienes mucho tiempo por delante. Piénsalo mi niña.

Soler se fue y Marisa quedó sin saber qué hacer, por un lado su familia por otro su corazón, cómo poner de acuerdo las dos cosas. Lorenzo no tenía buena fama. A lo mejor se le quita el interés. Marisa se dijo que su familia quería lo mejor para ella. Podría tener más calma, tal vez se estaba precipitando.

Javier y Lucía se marcharon, Fernanda y Soler quedaron en el salón.

—No te preocupes más mujer— dijo Soler—, estoy seguro que todo es una tormenta en un vaso de agua. Verás que pronto se olvida de ese chico y encuentra a uno formal que la quiera de verdad.

—No sé, a veces la gente se enamora y no hay manera.

—La niña no es de esas que pierden la cabeza, ya verás.

Marisa no tenía muy claro lo que quería, amaba a Lorenzo pero a la duda surgió de nuevo, no confiaba. La joven se sintió sola en su lucha, el joven la dejó como quien bota un papel usado, no vio en él el más mínimo interés en continuar.

Se acostó acongojada, Lorenzo era su primer amor, su único amor

pero también era su desgracia. Se lamentó de habersele insinuado, ella y nadie más que ella era la culpable. Al otro día tampoco lo vio, Lorenzo la esquivaba, se escondía, eso la lastimó tanto que no quiso de insistir más.

Al poco tiempo Marisa supo que Lorenzo consiguió trasladarse a otro súper de la misma cadena. La noticia se la dio Rebeca.

—Es mejor que se haya ido, ese es un bueno para nada, te iba a joder la vida. Eres guapa, ahorita aparece alguien con más futuro que ese don nadie.

Marisa la escuchó con el corazón apretado pero convencida que Lorenzo la olvidó. Si hubiera sentido algo por ella no se habría portado así. Su familia estaba en lo cierto.

6

Pasaron los días, no lo vio más, trató de olvidarlo.

Se enfrascó en el trabajo, empezó irse de discoteca con Rebeca y sus amigas. En una de esas salidas bailó hasta tarde, conoció a Mateo. Le cayó bien el chico, era alto apuesto, simpático. Le dijo que estaba recién graduado de abogado y que trabajaba en el bufete con el padre. Rebeca en un aparte la abrazó contenta.

—Ese si es un tipazo— dijo—, espabila que eres una suertuda, se ve que tienes enganche. A Mateo lo persiguen miles pero parece que lo has impresionado. Al despedirse de Mateo se dieron los números de móviles, quedaron en llamarse.

Salieron varias veces, en una de esas salidas Mateo la llevó a su piso, follaron. Los padres de Marisa conocieron de la existencia de Mateo desde el primer día, todos estaban contentos, al fin la niña sonreía, se veía bien.

Al poco tiempo Mateo le dijo de conocer a su familia, la madre, el padre y la hermana mayor. Marisa no sintió ninguna contentura. No le interesaba formalizar nada con Mateo pero el joven sí. Rebeca la empujaba, dónde iba a encontrar mejor partido. Mateo era guapo, inteligente, educado. El joven era un verdadero tesoro.

Mateo podía ser todo eso pero Marisa sentía que algo no funcionaba. La primera vez que folló con el fue un polvo más, un trámite usual en estos casos. Quitarse la ropa, abrir las piernas, moverse, hacer lo escrito en los manuales, chupar, voltearse, soltarse la melena, buscar el clímax que a veces no llega. No hubo menos ni más. Hubo sexo y al carajo.

Ese primer día no esperó nada especial como no lo espera nunca. Con Mateo todo es previsible, el coito puede ser apurado, lento, fuerte, frágil, gozoso o relajado. No es maravilloso, es un polvo más, igual a esos que están en el mercado. Y Marisa se empeña en olvidar el susurro en los oídos, el beso lento y la lengua mágica que hurga, en la voz que propone, que pregunta si te ha gustado. Cierra los ojos para no escuchar él mírame, muévete así para que sientas mejor. Le duelen los recuerdos. Las palabras que caen como gotas

limpias. Recuerda los abrazos, las mordida tibias, los pezones que se erizan y el temblor en los párpados.

Uno días antes de la visita a los padre Mateo le dijo de llevarla comprarse una ropa decente porque no te puedes presentar ante mis padres con esa facha. La mirada le censuraban sus vaqueros, sus camisetas, las botas de cualquier marca. El joven desdeñaba los cabellos largos con su color de natural, las cejas mal depiladas, las pestaña y los pies sin el cuidado necesario.

Todo eso hay que arreglarlo, dijo. A la joven le desagradó la la intromisión en su aspecto. Marisa siempre andaba limpia, con olor fresco y tez lozana. Era guapa, no padecía de vanidad ostentosa. Sabía cómo era y se gustaba así, sencilla.

—Que bien amiga—dijo Rebeca—, irse de compra con el novio es fenomenal, puedes comprar lo que quieras que él paga. ¿Cuándo es la visita?

— En esta semana.

—¿Rebeca soy desagradable?

—¿Quién dice? Para nada, eres un dulce, y tú lo sabes, por algo está Mateo como un bobo.

—Pues no lo parece, quiere cambiarme.

—Bueno ahora se usa echarse arriba un montón de cosas. Seguro quieres que sus padres te vean espectacular.

— No me gusta que me exhiban como trofeo, lo voy a complacer pero que ni sueñe que me voy a convertir en una chica que vive por los trapos y para los trapos, no me voy a pasar la vida persiguiendo, marcas y potingues.

—De verdad Marisa no te entiendo. Se puede decir que has conseguido el hombre que toda chica sueña y no te veo contenta. Según

todos, era lo que buscabas, resulta que ahora lo tienes y no los disfrutas.

—Ya ves la vida es así.

Marisa miró la hora.

—Me tengo que ir, ya es tarde mañana tenemos trabajo.

Se levantó, miró a su alrededor.

—Tu piso es grande. ¿Cómo te las arregla para pagarlo?

—Mis padres me ayudan, pero me da pena con ellos, quisiera compartirlo con alguien, si no aparece mi media naranja pronto tendré que buscar alguna amiga.

Marisa quedó pensativa.

—A lo mejor me mudo contigo. Estoy harta de vivir en casa de mis padres, mi familia me tiene hasta el gorro.

—Qué raro, pensé que te sentía cómoda.

—No crea, mis padres y mis hermanos creen que todavía soy una niña. Ahora están felicísimos con Mateo.

—Es lógico, el chico es el partido ideal.

—¿Sabes qué?

—¿Qué?

—Que me estoy hartando de eso del partido ideal, tú y mi familia me tienen hasta el mismísimo coño.

—¿Qué dices? Tú eras la primera que andabas con eso. Bien rápido que soltaste a Lorenzo por muerto de hambre.

— ¿Y no ves como estoy? ¿No te das cuenta que ando muerta en vida por eso? Lo que hice fue tan bajo que merezco la porquería de vida que llevo.

Rebeca quedó de una pieza, nunca pensó que Marisa sufriera por Lorenzo. No le cabe en la cabeza que esté enamorada de un bueno para nada. El almacenero lo único que sabe andar con esas tontas que se vuelven loca por él. La joven abrió la boca, fue a decir algo pero Marisa la fulminó con la

mirada.

—Si quieres que sigamos siendo amigas ni se te ocurra hablar mal de Lorenzo delante de mí. Lo que pasó entre Lorenzo y yo terminó pero lo que viví con él nunca se repetirá.

Marisa llegó a su casa, sus padres miraban la tele, fue a la cocina, cortó unas lonchas de queso, abrió una cerveza.

Soler y Fernanda se miraron.

—No la veo contenta—dijo Fernanda.

Soler ladeó la cabeza y miró a su mujer.

—Ya empiezas, deja a Marisa tranquila, nada más vives pendiente de ella.

—Las madres sabemos cuando los hijos no están bien. Marisa no es feliz.

—¿Estás insinuando que nuestra hija no ha olvidado al descerebrado de Lorenzo?—dijo Robles molesto— ¿Cómos puedes pensar eso? Marisa no es tonta, tiene un novio abogado, su familia es de dinero.¡ Anda ya!

Fernanda movió la cabeza, levantó los hombros en señal de no entiendo nada.

—Es cierto lo que dices pero aún así nuestra hija no es feliz, eso es tan verdad como que los lagartos no comen queso.

—¿Cómo te va con el cambio.

—Bien.

—¿Volviste con Estela?

—Sí.

—Últimamente no te veo muy animado, Lara y yo te esperábamos este fin de semana, la pasamos fenomenal en la fiesta de Luis.

—Me quedé mirando un partido.

—Tu madre está muy contenta con el trabajo.

Lorenzo y Esteban bebía en el bar de Segundo, hacía días que no se veían. Lorenzo estaba en proceso de adaptación, llevaba un tiempo de jefe de almacén en un súper mucho más grande, tenía más trabajo. Esteban estuvo ajetreado con un nuevo proyecto.

Esteban miró a Lorenzo, lo vio callado, taciturno.

—No la olvidas.

—No.

—¿Puedo decirte algo sin que te ofendas?

—Puedes pero ya sé lo que viene, tienes razón.

—Te precipitaste, la soltaste como una papa caliente sin buscar ninguna solución, no sé si fue miedo o falso orgullo. Pero fallaste.

Lorenzo, miró por el cristal de la ventana, la gente pasaba abrigada, había frío.

—¿Quieres que te diga que estoy arrepentido?

—En realidad no quiero nada pero si vas a decir algo di la verdad.

—Estoy arrepentido, la necesitaba entonces y la necesito más ahora

—Se puede rectificar.

—No creo que pueda, creo que anda con alguien.

—Entonces amigo, te digo lo que se dice en estos caso: olvida.

— Y yo te contesto lo que se dice en estos casos: No es fácil pero lo tengo que lograr.

—¿Que te parece un viaje? Lo de Alemania se mantiene, puedes irte por un tiempo, es un buen trabajo.

Lorenzo bebió un trago largo.

—Lo pensaré—dijo.

—Me avisas.

Bebieron, en silencio Esteban trató de animarlo, le dijo que no podía dejarse derrotar por una chica que en definitiva buscaba el acomodo.

—Si la relación no funcionó fue por culpa de los dos. Creo que más culpa tuvo ella. Eso de que ya tan pronto salga con alguien lo demuestra.

—No trates de animarme, puede tener toda la culpa del mundo pero eso no me alivia. Se fue, la dejé ir. Qué más da. Invítame a otro trago y hablemos de otra cosa. Quítame la pena, cabrón.

—¿Cómo lo hago? No me apetece follar contigo.

—¿No? Qué raro, siempre he pensado que te gusto.

Esteban rió a carcajada. Dejó de reír.

—Ayer me topé con mi ex mujer.

—¿Con cuál de ellas?

—La primera, esa mujer me marcó, ayer la vi y te juro que casi lloro. Esa traidora me dejó por joder. ¿Tu sabes lo que me dijo cuando se fue?

—Si, ya me lo has dicho.

—No te dije la verdad. Ese día que hizo sus maletas me dijo, Esteban te abandono por tres defecto: Eres glotón, te rascas los huevos y no apuntas bien cuando meas.

Esa mujer era más dura que pedernal. La quise a rabiar.

—¿Y los defectos?

— Los eliminé, bueno a veces me rasco un poco pero es que el gel me irrita.

Fue una noche de rondas. Esteban se propuso aliviar la pena de su querido amigo y lo logró por lo menos por una noche. Al final ya borrachos Lorenzo volvió a repetir eso de que sin buenos amigos no había paraíso.

Llegó tarde al piso de Estela, la joven lo sintió, le preguntó, el dijo que estuvo con Esteban.

—Hacía que no lo veía—dijo mientras se quitaba la ropa.

Estela se desperezó totalmente, lo vio hermoso, y la vulva se le apretó.

—Ven le dijo—le indicó la cama.

Lorenzo supo lo que quería, se acercó, la besó con suavidad. Ella respiró el olor a alcohol.

—Estuviste bebiendo, como siempre que andas con ese que dice ser tu amigo, es un borracho—dijo con desprecio.

Lorenzo se alzó, fue a baño, regresó con su ropa de dormir. Estela lo acarició, lo besó en el cuello. Lorenzo la echó hacia atrás.

—Estoy cansado, tengo sueño.

Se viró de espalda cerró los ojos tratando de dormir, se sentía mareado, molesto, amargado porque ahora la ve con los ojos brillantes, el cuerpo cálido y esa entrega de muchacha frágil que tiembla a su contacto. La recuerda sin querer, la encuentra sin buscarla. Marisa está siempre con él y su presencia lo desarma.

Marisa se fue de compra con Mateo, se probó vestidos zapatos, abalorios y cremas. Para la joven era una experiencia nueva, A veces iba de compra pero nunca se regodeaba, se compraba lo que necesitaba y ya.

Mateo le compró de todo, bragas de lujo, perfume caro, cremas exquisitas, creyones de labios, pestañas, pantalones vestidos, carteras, todo de marca. Después la llevó a una peluquería famosa, le dieron color claro en el

pelo, le depilaron las cejas y le arreglaron los pies.

Se pasó un día entero trotando por el centro de la ciudad, Mateo era su maestro y guía de lo que se usa, de las últimas tendencias y de esta laca de uñas que te sienta fenomenal.

Paseó las tiendas y se sintió una malagradecida que nada le complace. La muchacha quiso olvidar sus arrebatos románticos y se dispuso a zambullirse en el disfrute de la buena vida. Mateo hace día que le pide irse a vivir con él y que deje ese trabajo de dulcera.

En su recorrido de princesa se dijo que no estaba nada mal empezar una nueva vida con Mateo. Rebeca y su familia tienen razón, oportunidades como estas casi nunca se presentan y se presentan hay que agarrarlas sin pensarlo ni una vez.

Ese día llegó a su casa cargada de paquetes y con la noticia de que se mudaba con Mateo. Su madre y sus cuñadas se extasiaron con las compras.

—Qué maravilla—dijo Lucía—

—De verdad que tiene una suerte cuñadita— dijo Camila la novia de Arturo.

Marisa enseñó los zapatos, los bolsos, los perfumes y las cremas. Fernanda se extrañaba. Estos días atrás estaba tristonera y hoy la nota distinta. La madre reconoció que no tenía por qué extrañarse, las tentaciones arrastran, el mundo de Mateo era muy distinto al mundo de Lorenzo. Su hija no era una santa, renunciar a todo lo que le ofrecía el abogado ni en la peli y mira que en las peli hay cosas. Fernanda se sintió en paz consigo misma. Por lo visto no se equivocaron con Marisa, ella se merecía un príncipe y ya lo tiene.

Al otro día Marisa pidió la baja del trabajo, Rebeca se quedó boquiabierta al verla llegar tan emperifollada. Berta desde su sitio de colocar

mercancía no se asombró.

—Te ves fenomenal—dijo Beatriz sin poder cerrar la boca—, eres otra y eso que decías que nada de cambiar.

—Ayer cuando fui con Mateo por ahí me di cuenta de que estaba portándome como una cursi de telenovelas. Mateo me da todo lo que soñé. Más no puedo pedir, por eso decidí no seguir jugando con fuego, mi novio quiere que vaya a vivir con él, mañana me mudo. Vine a pedir la baja.

—Te aplaudo, no quise decirte nada pero un Mateo no se da todos los días, te estabas arriesgando mucho—Rebeca se acercó y le habló al oído—, Lorenzo estuvo esta mañana temprano. Preguntó por ti.

—¿Qué le dijiste?

Rebeca levantó los hombros.

—Le dije que habías llamado para decir que venías a pedir la baja.

—¿Por qué le dijiste eso?

—Le dije la verdad. Acaba de poner el huevo, no sigas con las tonterías.

—Es verdad, tienes razón.

—Te tengo una noticia—dijo Beatriz—, la madre de Berta empezó a trabajar. Fabio se mudó con ellas. Lorenzo se fue a vivir con Estela. Así que no tienes que coger calenturas con ese, es un picha loca. Otra bomba, dicen que Berta está embarazada.

Mariza se dispuso a marchar, cuando se dirigía a la salida se topó con Berta, se saludaron. Mariza fue a seguir pero se detuvo y giró sobre sus pasos.

—Siempre fuiste mi mejor amiga me duele que sigas molesta conmigo. Lo que pasó es mejor olvidarlo.

Berta siguió colocando pomos en el estante, Mariza se dispuso a marchar.

—No estoy molesta—dijo Berta—, estoy dolida, que es otra cosa.

—No tienes por qué estar dolida.

—Si lo estoy porque mi hermano no será un príncipe pero es muy bueno, es un gran ser humano, el mejor hermano del mundo y no debiste menospreciarlo.

—A tu hermano le gustan todas, tú misma lo decía.

—Es cierto pero Lorenzo a ti nunca te hubiera hecho una mierda. Lo triste es que tú lo sabes. No me duele que lo hayas dejado, lo que me molesta es que te engañes con eso de que era un mujeriego.

A Marisa se le aguaron los ojos, su vieja herida se abrió y la culpa quemó su alegría.

—Lo siento Berta, lo siento mucho, ando dando vueltas y ya no sé que hacer, quisiera borrar lo ocurrido.

—Ni me hermano ni yo necesitamos tu lastima. Lorenzo está bien, trabaja, se fue a vivir con Estela y...

—¿Y qué?

—Pues que Fabio y yo estamos juntos, vamos a tener un bebé y estoy muy feliz con mi vida. Espero que tú también. Por lo que veo dejas el trabajo.

—Si, me mudo con mi novio.

Marisa creyó ver una leve sombra en los ojos de Berta.

—¿Pasa algo?

—No, claro que no, felicidades, me alegro que te vayan bien las cosas.

Otra vez la niña Marisa perdió el remo y la madre la vio llegar naufragada y temblorosa.

—¿Te sucede algo?

—¿Cómo te fue?

—A mi no me engañas hija. Eres tan cambiante que asusta. Saliste

muy contenta y regresas toda mustia. Seguro te encontraste con el chico ese. Ay hija, maldita la hora en que te enredaste con ese joven.

—Marisa dio un manotazo para espantar una lágrima.

—Estas equivocada madre, siempre ves fantasmas, hoy tengo el día complicado, voy a recoger mis cosas. Mateo quedó en venir mañana.

—¿Por que no viene hoy?

—No sé, no recuerdo bien pero creo que me dijo que tenía trabajo.

—¿Cuando van a visitar a la familia?

—Mañana por la noche, ya te lo dije madre.

Marisa fue a su cuarto, se puso ropa cómoda, se tiró en la cama. Lorenzo fue al trabajo, preguntó por ella. ¿Qué manía? Qué importancia tiene que Lorenzo haya preguntado. Todo está decidido, se muda con Mateo, dejó el empleo. Ha descubierto que la vida de rica es lo que le va. No quiere ser una dulcera el montón con ropa del montón y amigos del montón. Será una joven elegante con amigos elegantes, suegros adinerados, un novio abogado destacado. Se irá de compras, tendrá vacaciones de lujo, viajes. A lo mejor se llega a Nueva York, a Miami. Conocerá Milán y a lo mejor usará algo de Armani.

La buena vida le espera y Marisa abarca todas las miradas que conducen a buen vivir y siente que algo se le escapa. En el fondo, más allá de su piel se ve en los salones con el corazón vacío, la mirada vacía y la soledad rodeándole.

Marisa se quedó dormida, tuvo pesadillas, se despertó con dolor de cabeza. La madre la llamó porque casi está la cena. La joven se duchó, fue a la cocina y dijo que no tenía hambre, bebió un poco de jugo, regresó a la

habitación, se lavó los dientes, se peinó, se vistió con su ropa de siempre y le dijo a la madre que iba a casa de Rebeca.

Bajó a la calle, caminó despacio, sintió frío, entró al bar de Segundo, vio a Lorenzo sentado frente a la barra, fue y se colocó a su lado, el joven la miró le sonrió con esa sonrisa tibia que la derretía.

—Hola—dijo él.

—Hola— dijo ella

—¿Quieres tomar algo?

—Un refresco—dijo ella.

—Tienes el pelo más claro.

—¿Te gusta?

—No mucho pero estás guapa igual.

—Siéntate—dijo el.

Marisa se sentó, trajeron el refresco, bebió.

—¿Quieres dar una vuelta?—preguntó Lorenzo.

Marisa dijo sí con la cabeza.

Salieron, caminaron unos pasos.

—¿Quieres subir?

—Si—dijo ella.

—Toma, ponte el casco, sujétate bien.

Marisa se montó, lo rodeó con sus brazos, apretó fuerte, apoyó la cabeza en su espalda. él sintió la humedad de sus lágrimas.

Entraron y él encendió la luz, la atrajo y la besó, ella cerró los ojos, se pegó él. Lorenzo le besó la mejilla, le rozó el oído con los labios. Le preguntó si quería hacerlo. Ella dijo que sí con la cabeza. El le alzó el rostro. Dímelo mirándome a los ojos chiquilla guapa.

Marisa y Lorenzo tuvieron otro encuentro de amor completo y total,

se besaron, se lamieron, se follaron en todas las posturas habidas y no habidas, se asomaron a ese sitio donde no reinan las palabras y regresaron perdidos y agotados.

—Tienes que irte—le dijo.

—Déjame quedarme contigo—pidió ella.

—Sabe que no es posible, no puedo ni quiero. Sé que esa es la vida que te gusta. Vete Marisa, no te engañes.

Marisa llegó a su casa tristonada, entro a su habitación sin hacer ruido, evitó las lágrimas. No tenía sentido, Lorenzo era inflexible, sabía que nada lo haría cambiar, tampoco se sentía capaz de lastimar a su familia ni a Mateo. El joven se veía muy ilusionado, la amaba y estaba dispuesto a todo por ella. Mateo le ponía el mundo a sus pies, un mundo que Lorenzo no podía darle. La joven se dio una ducha, se vistió con sus ropas nuevas, se maquilló, se pintó los labios y se puso pendientes largos.

Fernanda y Soler estaban en la cocina, preparaban la cena, los varones venían con sus novias, mañana era sábado, no se trabajaba, además querían despedir a la hermana. La idea de que la hermana pequeña volara no les gustaba mucho pero era ley de vida. Papá Soler era el más afectado.

—No te lamentes.

—No me lamento, no me acostumbro que no es lo mismo.

—¿Qué falta?

—El pescado.

—Voy a lavarme las manos—dijo Soler—. Por suerte tu hija no

tendrá que hacer nada casero en su nueva vida. Qué manera de criarla mal, los varones son mas amos de casa que ella.

—Fueron ustedes, no yo. Se volvieron loco cuando nació.

—Y es que salió guapa.

—Sí, salió a ti marido mío, cuando te conocí eras el hombre más guapo del mundo.

—¿Ya no lo soy?

—Claro que todavía lo eres. Siempre he tenido que estar atenta. ¿Te acuerda de la Romelia? Esa desgraciada te quiso conquistar.

—Si, claro que me acuerdo, estuviste a punto de arrastrarla, si no te aguanto. Total, fue por gusto, la Romelia y yo éramos amigos.

—No quiero cuento Soler, no te hagas. Y no fue la única, es que tenías una estampa hijo, esos ojos tuyos mataban.

—No te confíes que todavía dan su buena estocada.

—No me confío.

El horno sonó.

—Ya está el pescado.

—Voy me lavo las manos y te ayudo a poner la mesa.

Sintieron el ruido de la puerta.

—Creo que llegaron los muchachos.

—¿Marisa dónde está?

—Me pareció que había llegado. Debe de estar en su habitación.

—Aquí estoy—dijo la joven parada a la entrada de la cocina.

Los padres se volvieron.

—Caray hija, qué guapa.

—¿Cómo me veo?

—Espectacular—dijo Fernanda—, no, si yo lo digo, saliste a tu padre.

—¿Dónde está la gente de esta casa?

—En la cocina—gritó Fernanda.

Los tres salieron de la cocina y fueron al salón donde las dos parejas se quitaban los abrigos, Arturo y Javier quedaron lelos al ver a la hermana.

—Caray hermanita, eres otra—dijo Javier—Ya no pareces una bruja.

—Soy la misma y cuida esa lengua que te la saco y la pongo a hornear. Así comemos lenguado a lo Javier.

—No empiecen—dijo Soler—, no molestes tu hermana hombre, que se nos va.

—Ya era hora.

Y se acercó y abrazó a Marisa pidiéndoles disculpas y es que la lengua se me zafa viéndote tan guapa.

— No te vayas hermanita. ¿A quien voy a joder ahora?

— A tía Florencia a ella le encanta reírte la gracia. La pobre está medio sorda.

Soler se fue a lavar las manos, los hijos ayudaron con la mesa, Marisa por primera vez ayudó también. Los Soler estaban felices, su única hija se iba con un hombre bueno, guapo y rico qué más se podía pedir. Camila y Lucía amaban a sus parejas, pero no dejaron de sentir algo de envidia por esa cuñadita que tanta suerte tenía.

Se sentaron a la mesa y entra risas y comentarios cenaron y bebieron. Brindaron por la nueva vida de la hermana y hasta hubo alguna lágrima asomada. ¿De quién? Pues de quien iba a ser, de papá Soler que no creía que su niña se marchara.

—Papá que no es una niña—dijo Arturo.

—No puedo con ustedes—dijo Marisa—, son más antiguos que las pirámides esa de la que tanto hablan.

—La familia es la familia—dijo Soler.

—Joder papá—pareces siciliano—ahorita nos haces una oferta imposible de rechazar.

—¿Cómo cual?

— Ofrecernos el vino que tienes por ahí guardado,

—Eres un cabrón Arturo, sabes que la guardo para nuestro aniversario.

—Sácalo viejo—dijo Fernanda—, ya estoy aburrida de festejar aniversarios.

Los hijos marcharon, después de ayudar a fregar los platos. Fernanda y Soler fueron a dormir. Marisa en su habitación se quitó la ropa, se puso, cómoda, fue al baño, se lavó los dientes y lavó la cara. Trató de no pensar más, la felicidad de su familia la conmovió. Por nada del mundo rompería esa dicha. Se acostó, cerró los ojos y la congoja le subió a la garganta. Nunca iba a dejar de sentir pavor ante la idea de no volver a estar con Lorenzo. Nunca iba a dejar de sentirse aplastada ante esa certeza.

Se tapó con la manta, se revolvió y trabajo le costó conciliar el sueño. Tuvo pesadillas feroces, torturas innombrables. Durmió como si tuviera el corazón aplastado por una losa.

Al otro se despertó temprano, quedó acostada adormilada, hasta entrada la mañana. Mateo llamó, se demoraba un poco. Marisa se levantó fue a la cocina, tomó café. Miró la hora, Fernanda y Soler fueron a ver a tía Florencia. Regresó a la habitación, se vistió salió, llegó al supermercado, preguntó si Berta trabajaba hoy, le dijeron dónde estaba.

—Hola—dijo.

Berta se levantó, estaba agachada recogiendo unos paquetes que se

habían caído, la miró extrañada.

—Hola. ¿Qué te trae por aquí.

—¿Sabes si Lorenzo trabaja hoy?

—No sé. ¿para qué quieres saberlo?

—Necesito hablar con él.

—¿Para qué?

—Berta, aunque no lo creas amo a tu hermano.

—Si lo creo pero eso me alegra. Según tú lo amas pero no te atreves.

Ya cansa Marisa.

—Ya me decidí, quiero estar con él, lo dejo todo. Nada me importa.

Berta la miró sorprendida.

—¿De veras lo haría?

—Claro que lo voy a hacer.

—Marisa, no lo conoces bien, él no quiere que tú renuncies, no quiere verte más.

—Lo convenceré, tendrá que creerme. ¿Dime dónde puedo verlo?

—Marisa es inútil, , entiéndelo.

—Berta por favor.

—No sigas Marisa, Lorenzo se fue anoche para Alemania.

En el regreso se hizo mil conjeturas, podía llamarlo, podía ir a buscarlo pero como siempre tuvo dudas. A lo mejor se fue con Estela, a lo mejor no la amaba lo suficiente como para una relación formal. Otra vez volvió a preguntarse si valía a pena tanta persistencia. Cada vez que se decidía a dar el paso surgía algún que otro inconveniente, era como si estuviera escrito que ella y Lorenzo no estuvieran destinados a ser parejas. Era el cuento de nunca acabar.

Marisa caminó hasta su casa con la visión de un mundo inalcanzable,

se sentía víctima de la fatalidad, parecía una protagonista de telenovelas donde los enamorados se encuentran al final, casi junto con la palabra fin. Es para reírse dijo sería, se negaba a ser la eterna sufriente de un estúpido dramón por eso apuró el paso, miró la hora, Mateo estaba al llegar, todavía le faltaban cosas por recoger.

Marisa Soler ese día se despidió de sus padres que la vieron partir entre tristes y felices. Soler, el dramático disimuló la lagrimita. Fernanda la más práctica quiso ser la dura y no empieces viejo tonto. Si sé me quedo con los varones, esta niña te ha reblandecido.

—Hoy tenemos un sábado distinto—dijo Soler—, nos hemos quedado solos, los pajaritos han volado.

—Nada d pajaritos, pájaros grandotes, bastante demoraron. No quería que se fueran pero qué alivio. La niña de tus ojos no hacía nada en casa, los varones, siempre alborotando y jodiendo. Ayudaban un poco pero no creas. No he visto en mi vida padres como nosotros.

—Salieron buenos mujer, son trabajadores, tranquilos, la niña es un poco problemática pero al fin parece que se encarrila.

—Ahora tenemos más tiempo para nosotros—dijo Fernanda.

—¿Qué te parece para empezar una ida al cine esta noche?

—Bueno, si tú quieres.

—Claro que quiero, mira primero vamos al bar de Segundo, nos tomamos algo, después al centro, vemos esa peli que tanto gusta ahora.

—¿Y después?

—¿;Me estás sonsacando Fernanda?

—Bueno—dijo ella risueña—Podemos festejar que al fin estamos solos.

— Para eso no hay que esperar tanto, ven.

— Soler en pleno día,

—¿Qué diferencia hay? Ven que me estoy poniendo cachondo.

Y esa pareja hizo el amor entre suspiros y arrebatos, como cualquier pareja de este mundo.

Al terminar quedaron acostados, intercambiaron sonrisas y besos.

—¿Cómo estoy?—preguntó

—Como un toro—dijo ella.

—Todavía no necesito nada pero cuando lo necesite, pues allá vamos.

Marisa y Mateo entraron, la joven se quedó al lado de la puerta impresionada. El abogado no la había traído aquí.

—¿Este piso es tuyo?—preguntó sin salir del asombro.

—Es de mis padres, se mudaron para una mansión en las afueras, no quisieron seguir en el centro de la ciudad. Me lo dejaron. Yo no lo usaba pero como ahora vamos a vivir en pareja pues aquí lo tienes.

—Mateo esto es increíble, nunca soñé que hubiera cosa igual.

—Los hay mejores, este nada más tiene cuatro dormitorios, además del de servicio. Por cierto mi madre nos mandó a Mirna, debe de andar por

ahí.

—¿Quién es Mirna?

—Es la que se ocupará de la cocina y lo demás, es como la ama de llaves. Te llevarás bien con ella pero no le des mucha confianza, con la servidumbre hay que mantener la distancia. Creo que tres veces a la semana vendrá Eloísa, será la que se ocupará de limpiar. Mi madre cree que por ahora con dos nos apañamos.

—¿Puedo hacerte una pregunta?—dijo Marisa.

—Claro, las que quieras.

—¿Es primera vez que tus padres te prestan este piso?

Mateo se rascó la cabeza, sonrió.

— Hace un tiempo viví varios meses aquí con Mercedes, mi antigua novia.

— ¿Se pelearon?

—Nos separamos—Mateo la atrajo y la besó, luego la apartó—, no tenemos por qué hablar de eso ahora, esa es una historia que no quiero recordar. A lo mejor después, pero ahora no, Ven quiero enseñártelo todo.

Marisa se extasiaba con los amplios ventanales, las cortinas, las alfombras, el salón comedor, la terraza que daba al jardín, la cocina de última generación, los muebles más modernos, los de más estilo.

La joven por primera vez veía cuadros de pintores famosos, esculturas. El despacho enorme con anaqueles llenos de libros. La mesa antigua y los sillones de cuero. Todo tan chic, tan de buen gusto que Marisa se sintió más que dulcera, bailadora de la corte de los milagros, se vio como una de las mendigas de Viridiana aunque tuviera dientes y no estopa en la cabeza.

—No sabía que esto existiera.

—No seas tontas en las revistas de decoración se pueden ver residencias de todo tipo.

—Una cosa es verla y otra cosa es saber que vas vivir en ellas. Joder Mateo, aquí me pierdo,

—No te pierdes, ya te acostumbraras, ven arriba están las habitaciones.

Casi muere al ver el vestidor, la comodidad, el confort. Entraron en la habitación matrimonial, Mateo fue a un mueble y trajo una botella y dos vasos. Sirvió, bebieron. El terminó de un trago y se volvió a servir, volvió a beber, puso la botella y los vasos en una mesilla, regresó y la atacó como un tigre. Trató de quitarle la ropa pero fue tanta la torpeza que Marisa tuvo que pedirle calma pero no la hubo, siguió tan frenético que casi le rompe uno de sus vestidos nuevos. A duras penas pudo contenerlo.

Mateo la poseyó con furia, la viró, de espalda, le mordió las nalgas, metió la lengua por todas partes, la volvió a poner de frente le metió el falo en la boca para que chupara.

La joven respondió porque pensaba en las alfombras, en los muebles, en su vestidor lleno de trapos, en las joyas, en sus zapatos de Manolo, Juan y Pedro. Olfateó los perfumes carísimos, recordó a las sirvientas que le servirían como princesa. Pensó en los viajes, en Nueva York, Miami, Roma, Flandes con Brujas. Se vio en el oriente y occidente, en esto y en aquello. Marisa respondió como tigresa porque ante tanta envidia no hay polvo flojo.

Después de follar un montón y de beber otro montón Mateo dijo de parar porque si seguimos vamos a llegar demacrados y borrachos. Mateo se controló un poco y maldijo la hora en que acordó la dichosa visita. Marisa estaba molida, por suerte para ella había visita.

Durmieron y Marisa se sintió en la gloria en aquella cama enorme de colchón soberbio, estuvo en la gloria despierta, cuando se durmió volvieron sus pesadilla, se despertó fastidiada. Esperaba que con el tiempo sus sueños horribles desaparecieran. No creía que los ricos tuvieran malos sueño. Mateo al despertar quiso follar de nuevo pero la joven lo contuvo, tenían que prepararse.

El joven se levantó, fue al vestidor y le trajo un vestido y otras cosas.

—Te compré este para esta noche—dijo feliz—, también estos pendientes y estas cosillas. Quiero que te hagas ondas en el pelo, tan lacio así no se usa.

Marisa estuvo dispuesta a complacerlo, a un novio tan dadivoso no se le podía negar nada. La joven quería no perder el tesoro que había encontrado. Su Mateo es maravilloso, joder, qué suerte, la cenicienta era clase media comparada con ella. Cogió el móvil para llamar a su madre.

—¿Qué haces?

—Llamo a mi madre.

Mateo le quitó el móvil.

—Deja ya de andar con mami y papi a remolque, eres una adulta. Ahora tienes pareja, de ahora en adelante tu vida será distinta.

Se vistió, mejor dicho la vistió, después la hizo caminar como si estuviera en una pasarela.

—Estás guapísima—dijo—, deslumbraras a todos.

—¿Cómo que a todos?

—Estarán mi hermana, el marido y otros invitados. No se si algunos amigos de mis padres. La pasaremos bien no te preocupes.

Marisa tuvo miedo, era una analfabeta en comportamiento social, sus

salidas se reducían a comer con la familia en días señalados, encontrarse con amigos para tomar y picar algo. Nunca tuvo mucho dinero para gastar en restaurantes y sitios caros. Sus padres le daban lo necesario. A veces los pobres le daban más de lo que podían para que la niña fuera a un concierto a ver el grupo musical de moda. Nunca fue chica de andar en grupos grandes, sus amistades eran las mismas del colegio.

La joven no tenía ninguna experiencia pero Mateo le dijo que no importaba que en el mundo de hoy había más igualdad que antes, que no supiera algunas cosas era lógico pero eso no era para perder el sueño.

—Eres una chica inteligente, aprendes rápido. Solo tiene que mirar y fijarte.

—Cualquier enredo y me preguntas. No creas que te vas a topar con grandes personajes, los amigos de mis padres nada más saben de juicios, rones y culos, los hombres. Me imagino que las mujeres saben de juicios, cirugías y penes que es lo mismo.

—¿Se pegan los cuernos?

—Yo no diría eso, diría que son modernos.

Mateo se acercó y la miró con fijeza. Eres una chica inteligente, debes de estar consciente de que un polvo es eso, un polvo y que hay que saber disfrutar sin tanto dramatismo.

Marisa tuvo éxito, la encontraron guapa y distinguida. Se encantaron con su juventud y su frescura. Mateo estaba orgulloso a rabiar. La exhibía, al que osaba preguntar de dónde la había sacado el joven mentía descaradamente, Decía que su novia era modelo y que la conoció en un

desfile de moda. A Marisa se le caía la cara de vergüenza.

—No mientas más, se pueden enterar que no es verdad.

Mateo se reía

—Son unos cretinos, preguntan por joder. Cuando les presenté a mi primera novia les dije que era de la realeza Argentina.

—Pero en Argentina no hay realeza.

—Claro que no pero les encantó la respuesta. Eso de que eres modelo no se lo creen ni las verrugas que tienen en el culo pero gozan. Esto es un relajo querida, te los topará de todo tipo. Ten cuidado con las señoras, te meten mentiras hasta cansarte. Doña, Carmela, aquella que ves allí—señaló con el dedo—, dice que vivió un romance con ese famoso duque inglés más viejo que Matusalén.

—¿Matusalén no es un ron?

—¿Quién te dijo eso? Matusalén es el valet de mi padre, está con él desde que los cortesanos franceses se hacían sus necesidades en los salones de Versalles. Y no se limpiaban, que conste.

Tuvo éxito pero también tuvo asombro, aquellas personas parecían estar y no estar. Algunas tenían mucho dinero, otras menos. Algunas eran brillantes, habían leído, viajado y conocían toda la poesía danesa y recitaban al Hamlet en inglés. Otros eran lujuriosos, y otras lujuriosas. Ellos vivían tras los culos y las tetas, ellas tras los efebos y sus flautas. Otros no tenían ni esperanzas, eran más abúlicos que el to be or not be.

De más está decir que muchos, principalmente los jóvenes, estaban tan ajenos que ni siquiera sabían por qué Colón no se cayó cuando llegó allí. Es más, no sabían ni quien era Colón. Colegios privados tuvieron lo que no tuvieron fue ganas de enterarse que en el colegio se aprendía.

Marisa se dijo que tenía que ponerse a la altura de la clase a la que

ahora pertenecía, estaba a gusto entre aquella gente, pero se sentía un poquitín anticuada y por qué no de poca clase por eso allí mismo decidió estar a la altura.

—Me gusta esto Mateo pero debo tener más clase.

—¿Más que?

—Más clase, tengo que pulirme más.

—Joder Marisa clase tienes, lo que no tienes es dinero. Por suerte la clase no la da el dinero.

—Quiero ser como esa—señaló a una joven muy elegante que hablaba con otra—. Es bella.

—Sí, lo es, la llaman la reina del savoir vivre, ha ido de la seca a la meca, sin detenerse en nada. Dicen que no le gustan los hombres.

—Caramba Mateo te las sabes todas.

—Así es, me encanta lo que se cuece en el mundillo.

—Mateo

—Sí, Marisa

—¿A ti te ponen cachondo las pobres chicas del montón?

—¿Que quieres que te diga? Me alborotan bastante el escroto.

—¿Yo soy una de esas?

—Ni de coña, Marisa de mi alma, tu me alborotas hasta los calcañales, es más, ven.

La arrastró por los pasillos y la llevó a un salón decorado al estilo Pompadour. La tiró en un sillón Pompadour y la folló como si fuera Luis XV.

Mateo y Marisa regresaron en la madrugada, Mateo estaba bastante ebrio. Susto le dio a la joven verlo conducir aquel carro de alta gama borracho. La joven temió la multa, más que eso, temió morir por causa de un Mateo que no entraba en razón. Cuando se bajó del coche todavía temblaba,

tan rabiosa y nerviosa estaba que por poco lo araña, entró al piso peleando y Mateo riendo.

Esa noche el joven intentó repetir el sexo pero la borrachera se lo impidió Marisa respiró aliviada, por mucho que le gustara su vida de oropel no estaba muy preparada para follar todo el tiempo.

Marisa se acostó en su cama de lujo, avizó su futuro y se dijo que por lo menos ya no tendría que levantarse temprano para ir a trabajar, ya no tendría que comer tanta patatas, ya no tendría que escuchar los ronquidos de su padre frente al televisor, ni la voz de Fernanda llamándola desde la cocina. Se dijo que mañana dormiría a pierna suelta sin el más mínimo ruido. Se convenció de que nada la haría regresar a su vida gris y pensó en lo lejano que estaba esta mañana cuando salió a buscar a Lorenzo para vivir con él.

Qué locura, se repite sin querer ver que la muchacha de esta mañana todavía la arrastra.

Al otro día se levantó tarde, fue al baño, se miró al espejo, tenía los ojos hinchados, se lavó los dientes, se peinó los cabellos, los recogió en un moño casi en el centro de la cabeza. Fue al vestidor, buscó algo que ponerse, ya no era una chica que andaba en short , camiseta y chanclas. Se puso un pantalón suelto, una camisa ancha y se calzó zapatillas, se miró de cuerpo entero. Salió, se puso rímel en las pestañas, coloreó las mejillas. Mateo abrió los ojos, la miró le dijo que no le gustaba que se soltara los cabellos y se pusiera otra cosa. Se viro y siguió durmiendo.

Marisa fue al vestidor, buscó una falda larga y ancha. Se puso una camisa de escote en la espalda, un cinturón negro y unos collares, soltó el cabello, calzó sandalias.

Volvió y se paró frente a Mateo que abrió los ojos y asintió con la

cabeza, luego se durmió de nuevo.

Fue a la cocina, el café estaba hecho, Mirna la saludó, le preguntó si los señores desayunarían juntos. Marisa no supo que contestar.

—Tendré que preguntar, yo ahora quiero café y zumo.

Mirna la miró, la empleada tendría unos treinta años, era de piel trigueña, tenía ojos y pelo negro.

—¿Qué pasa?

—Es que al señor no le gusta desayunar solo.

—¿No puedo tomar un zumo y café?

—No creo que le guste, es muy estricto con sus costumbres. No soporta comer solo.

—Yo lo conocí solo.

—Todo este tiempo que ha estado ha vivido con sus padres.

—¿Vivía aquí con Mercedes.

— Lo siento señorita debo irme, tengo que hacer otras cosas. Después usted me dice lo quiere que haga.

—Mirna, no te vayas.

— Sirve el zumo y el café y después te vas. Yo no soy Mercedes. Así que anda. No me voy a morir de hambre porque a Mateo le de la gana.

—Llévalo a la terraza—ordenó.

— Señorita...

— No me digas más lo que a Mateo le gusta.

Y salió como si le hubieran dado un pisotón. Mirna la vio salir y se dijo que esta nueva novia a lo mejor es la horma del zapato del señor Mateo. Llevó el pedido y se preparó para escuchar la pelea pero se quedó en esa porque la pelea no llegó, al contrario la pobre mujer quedó de una pieza cuando Mateo le dijo que de ahora en adelante tenía que hacer lo que la señorita ordenara que pare esa era la señora de la casa.

Marisa acompañó a Mateo, mordisqueó una tostada y le preguntó qué harían hoy. Mateo le dijo que lo primero era un revolcón en la cama que ayer te me escapaste porque estaba un poco ido. Después te enseñaré algo que te compré. Iremos a comer a un restaurante y por la noche un poco de música en la discoteca.

Le gustó todo, un poco menos el revolcón pero otra vez se dijo que para vivir como una reina había que hacer concesiones. Mateo le dijo que regresarían temprano porque mañana tenía que trabajar.

— No piense que te la pasarás cotilleando con tu familia mañana tienes cosas que hacer. Lo primero es hacer ejercicio, lo otro te lo digo después. Una cosa, quiero que cada paso que des me tengas al corriente, me gusta tenerte localizada, no soy celoso pero a mi no me la juega nadie.

—No me hables en ese tono—dijo Marisa molesta—, no me vine a vivir contigo para pegarte los cuernos, para eso no hubiera venido.

—No me trates de impresionar, sé que te gusto pero también se que soy muy buen partido. En esta relación quien más aporta soy yo, no me refiero a ti pero siempre hay alguna que se hace la listilla. Ya me pasó con Mercedes.

—¿Qué te pasó?

—Nada que era un saco de interés, desde el principio me engañó con un pobretón que tenía por novio—dejó de masticar y la miró con fijeza—, según creo tú también tuviste un romance.

—¿Cómo lo sabes?

—Todo se sabe, no soy tonto.

—Eso se terminó.

—Lo sé, como también sé que no tiene ni dónde caerse muerto.

—No sé que te preocupa—dijo Marisa—, no voy a dejar todo esto por un muerto de hambre. Eso se acabó Mateo.

—Tu ves, así me gusta. La verdad antes que nada.

Mateo terminó de desayunar, bebió una copa de vino, encendió un cigarro, fumó despacio sin hablar Marisa se levantó y le dio un beso. Le susurró al oído, el joven sonrió, ella lo tomó de la mano, él antes de subir, la apretó fuerte, la besó con fuerza. Le dijo menéamela bastante, ella asintió.

En la habitación se puso como siempre, a Marisa le costaba controlarlo. Logró mantenerlo quieto unos segundos, lo suficiente para quitarse a blusa y bajarse la falda. Mateo no aguanto mas, le bajó las bragas, la empujó y la afincó a la pared, la poseyó con la misma furia de siempre. Después se apartó fue al mueble bar sacó una botella y unos vasos. Bebió tres veces, Marisa también, después la llevó a la cama y la chupó por todos los costados, Mateo tenía unas folladas delirantes, aplastaba.

Marisa respondía enervada por la bebida y por la furia de Mateo, eran batallas campales, batallas donde el placer se escondía en los ataques. Mucho le costaba a ella llegar al clímax pero Mateo ni se enteraba, repetían varias veces. El alcohol y la premura hacía que el coito con Mateo fuera como una carrera hacia el abismo. Era sexo, un sexo que principio fue del montón pero que poco a poco se iba convirtiendo en un juego peligroso. Marisa muchas veces se quedaba a medias y eso la hizo desear follar con Mateo para ver si podía lograr un sexo con orgasmo y con amor igual al que disfrutó con un muerto de hambre que con solo tocarla lo lograba .

Follaron un montón, al final cayeron rendidos.

—¿Mateo siempre eres así en el sexo?

—¿Así cómo?

—Así tan fogoso.

—No siempre, es que tú me vuelves loco.

—Lo sé cariño pero no debes beber antes, te pones peor.

—Es que me entra un hormigueo en la garganta, debo controlar la bebida—se volvió hacia ella, le dio un beso tierno—, resolveré ese problema, la bebida me está afectando, también trataré de ser menos impetuoso, contigo me caliento mucho, me pones como una cafetera. Nunca he sido así, ten paciencia.

—La tendré, eres muy bueno conmigo.

—Te quiero Marisa.

Marisa lo abrazó quedaron callados, Mateo cerró los ojos, quedó adormilado. Marisa mantuvo la vista fija mirando a ningún lado.

La joven se levantó, se duchó y bajó a la terraza, se sentó frente al jardín. Apenas dos días y le parecía un siglo. Tenía lo soñado y más, tenía a un hombre que la amaba tanto que ni follarla bien podía. Todo perfecto pero Mateo no era su príncipe. Mateo era un hombre nervioso, explosivo, inteligente, culto. Un hombre criado en la riqueza, apuesto, desenfadado, meticuloso, puntilloso, problemático. Cualquier mujer podría amarlo menos ella.

Quedó sentada largo tiempo mirando al jardín. Cada vez su vida se perdía más en vericuetos de sombras. Lorenzo no se iba a ir nunca de su vida, tenía que asumirlo y resignarse, tenía que vivir con Lorenzo dentro de ella y tratar si no de amar a Mateo al menos intentar hacerlo feliz.

Mateo le regaló un coche de lujo, Marisa empezó a recibir clases de

automovilismo. El joven siguió controlándola pero ella de vez en cuando se las arreglaba para comunicarse con su familia. Los Soler no estaban muy contentos y les molestaba un poco que Mateo fuera tan posesivo sin embargo vivían encantados con la vida de lujo de la muchacha. Ahora se hablaba de un posible viaje a Los Ángeles.

Marisa se esforzaba en ser reconocida en el gran mundo, asistía a fiestas y saraos, aparecía en revista en las que se dejaba caer el posible enlace de la pareja. Los jóvenes llevaban una vida muy ajetreada, siempre andaban de discotecas, de cenas en lujosos restaurantes. Eran asiduos a desfiles de modas. En fin, que vivían entre el edén y el olor de la naranja. Eran dueños absolutos de la gran vida, la dulce vida, exenta de ripios y migajas. Sin embargo como diría un filósofo callejero: no todo lo que brilla es oro. Marisa se esforzaba pero las cuentas no cuadraban.

Mateo siguió follando descontroladamente, bebiendo con apuro, fumando como murciélago, no como el pobre animal sino como los noctámbulos que fuman sin parar y no se quitan el pitillo de la boca ni para bajarse el pantalón. Así fumaba el Mateo, casi igual le seguía la Marisa que al mes de pertenecer a la clase alta ya era dueña de todas sus virtudes. Le seguía la rima al joven abogado. ¿Bailamos? Fumamos. ¿Bebemos? Allá vamos. ¿Nos caemos? Nos levantamos. Y a veces no se levantaban se quedaban tirados en el sofá de un salón, no sé cual, después de follar con el furor de siempre y de rociarse con cava, whiskey, vino de la gran reserva reservada para los festines y por qué no, a veces se bebían una botella de ron peleón anónimo y solitario.

A los dos meses Marisa se hizo del carnet de conducir y empezó a

pasearse por la ciudad en su coche lujoso. A los dos meses sorprendió a los Soler con una visita bastante postergada porque a la joven le costó trabajo desplazarse de su milla dorada para ir a un barrio que poco le gustaba. Entró por la puerta del hogar de su infancia con cara de estar aquí en contra de su voluntad porque en nada se parece este piso al precioso dúplex que ahora es mi hogar. Marisa pretendió ser esa que ahora soy y mantuvo la distancia. Llevó algunos regalos, habló del tiempo, mencionó el calor, puso énfasis en su piscina, sus ejercicios, sus visitas a París los fines de semanas.

Soler y Fernanda la miraban, la veían guapa, esplendorosa, decidida y desenvuelta pero notaron ausencia en la mirada de aquellos ojos agrisados que ahora nada reflejaban. La joven habló con los hermanos que preguntaron si pasaría el día pero negó, alegó falta de tiempo, cosas que hacer y que Mateo la esperaba para cenar con unos amigos.

Marisa no preguntó por nadie más, ni siquiera hubo nostalgia por sus amigas de infancia.

—No la veo bien—dijo la madre compungida—, no es nuestra hija.

—Algo pasa—dijo Soler—, está muy distanciada.

—Es normal—dijo Javier—, de su antigua vida no queda nada.

—Es muy poco tiempo para tanto cambio.

—Ustedes siempre viendo fantasmas—dijo Lucía, la cuñada—, está fenomenal, lo que pasa es que ahora es rica.

Los comentarios después de la partida abundaron. La familia no dejaba de reconocer que la hija era distinta. Al final dejaron de preocuparse, vieron un soplo de tiniebla en los ojos pero no era para hacer una tragedia porque lo cierto es que sarna con gusto no pica. Era evidente que a la joven le gustaba su actual estatus.

Ese día Marisa regresó algo inquieta, bebió unos tragos sentada en la terraza, fumó varios cigarrillos, miró a lo lejos. Mateo la llamó para saber si había regresado y cómo le fue en la visita, ella dijo que bien.

—Me sentí rara—dijo—lo encontré todo feo —movió los hombros—. Mi familia es la misma de siempre, creen que soy la niña que iba al cole, eso me disgusta. ¿Qué se puede hacer ? Son así.

—No te preocupes nena, por suerte no tienes que ir todos los días. ¿Qué haces?

—Nada, estoy en la terraza. Voy a comer algo y tirarme un rato. ¿A qué hora vienes?

—Hoy llego tarde, no me esperes, tengo trabajo.

Puso el móvil encima de la mesa, quedó pensativa, su mente vagaba sin parar, se alegra que Mateo regrese tarde aunque su amiga Regina la aconseja que dude de las llegadas a deshoras del novio. Es un pega cuernos de nacimiento, le dice la reina de las influecer, una bella y rica que cada ropa que se pone desaparece del mercado al minuto y medio. Marisa trata de ser más o menos parecida. Alentada por Mateo pone esmero en escoger su ropero, ya casi no le alcanza el vestidor y es que el afán competitivo de su novio es obsesivo. El abogado quiere que ella sea la reina y desplace a la Regina.

Marisa se alegra de que llegue tarde y poco le importa que se folle a todas las bellas de la constelación de vagas que reinan en el firmamento. Le importa un pimiento, al contrario le gusta. Mateo no ha dejado de ser un delirado en el sexo, folla con un arrebató que aturde. Está resignada a seguirle la rima pero hace rato que renunció al disfrute. El sexo con su novio es un

concierto de sordos. Ni se entienden ni se escuchan, sólo ruedan en carrera de tontos.

Se levantó a fue a la cocina, Mirna no estaba, no la llamó prefirió prepararse algo, buscó en el frigorífico. Se preparó un bocadillo, sirvió una copa de vino, comió de pie. Mirna entró y se asustó. La señorita con la servidumbre era bastante indiferente, no los trataba mal ni bien. Los ignoraba.

—¿Pero qué hace señorita? ¿Por qué no me llamó?

Marisa la miró y por primera vez desde que llegó hace dos meses tuvo un asomo de tibieza.

—No te preocupes, no quise molestarte.

Mirna estuvo a punto de caer del asombro.

—No haga más eso señorita, yo lo hago.

Marisa siguió comiendo, bebió vino, la miró y a su mente le vinieron las palabras de Mateo. Al joven no le gustaba la confianza con la servidumbre, no le gustaba la hipocresía de muchos al decir que querían sus empleados como si fueran de la familia, no entendía esa falsedad. Les pago bien, decía, les doy lo que necesitan, velo que no se les humille pero no quiero un amor hipócrita que envilece más que santifica.

La joven como imitadora perniciosa ha cumplido con los mandamientos más por apropiación que por obligación. Ella se propuso ser de clase alta, no quiso ser victima de sentimientos ajenos a su linaje. Marisa fue un calco, una chica de media descosida y de alto empuje. Una dama del frijol y del engaño.

—Mirna.

—Diga señorita.

—¿Vives cerca de aquí?

—No señorita, vivo lejos.

—¿Con quien vives?

—Con una hermana, su marido y ni sobrina, voy con ellos en más días libre. Los ayudo.

—¿Nunca te has casado?

—Que va señorita,

—¿Ni novios?

—Tuve uno hace tiempo.

—¿Qué pasó?

Mirna se retorció las manos, no quería hablar del novio, le daba pena hablar con la señorita de su vida pero no quiso buscarse problemas.

—Me dejó después que me entregué a él

—¿No me digas que eras virgen?

A Mirna se le caía la cara de vergüenza.

—Eso fue hace bastante.

Marisa se acercó risueña.

—No te avergüences. Eso pasa

Esa fue la primera conversación entre Mirna y Marisa. En la segunda la empleada con mirada huidiza le confesó que lo hizo con el Lucio porque no pudo seguir aguantando los sofocos y el calor en sus partes. En uno de esos sofocos le abrió las piernas y no el corazón precisamente. Mirna lloró cuando Lucio le dijo que las vírgenes lo ponían loco y que tuvo que dejar de ir a la iglesia porque se le paraba el pito sólo con verlas en el altar y lo que le gustó de ella fue su virginidad. Lucio le dijo que padecía de virginem erectus. Se le paraba con las vírgenes, se le caía con las que no lo eran.

Mirna supo después que Lucio era un jodedor y que para dejarla buscó ese pretexto.

—Tu novio era un cabrón—dijo Marisa— riendo a carcajada.

—Lo era y lo es—dijo la Mirna ya más en confianza—, todavía sigue en eso, pero ya le resulta más difícil engañar a las muchachas, a mi lo de la virginidad no me importó, la pasé mal porque a mi Lucio me gustaba un montón.

Sin saber por qué Marisa hizo amistad con Mirna y con Eloísa, también hablaba con el portero

11

Mateo y Marisa siguieron viviendo su romance extraño, ya ella estaba convencida que Mateo la engañaba y que sus llegadas tardes todo lo indicaba.

Una noche, después de un coito dislocado, Mateo le confesó de sus salidas con una trigueña que lo desquicia. Es la nueva secretaria de su padre, tenía un romance de intereses con una joven ambiciosa que pretende escalar a lo más algo.

—No te preocupes—dijo Mateo—, eso no disminuye en lo más mínimo mi amor por ti, es un polvo de oficina, no tiene trascendencia.

—¿Follan en la oficina?

—En la oficina y en su piso, en el váter y en cualquier lugar que nos pille. Tiene más fuego entre sus piernas que un volcán en erupción. Temo que nunca se apague, me está cansando un poco. Tengo que tener cuidado.

—Puede armar un escándalo—dijo Marisa.

—Si por eso necesito que me ayudes.

—¿Cómo?

—Quiero que vayas a la oficina y la despidas como cosa tuya, ni mi

padre ni yo nos atrevemos. Con un despido por celos no tendrá mucho espacio para el chantaje. No sorprenderá, así terminamos con esto, ella me gusta pero le tengo miedo. Además yo te amo Marisa, quiero estar contigo nada más.

— No voy a hacer esa mierda—dijo Marisa rotunda. Resulta que la usas y ahora la tiras. Resuélvelo tú, yo tengo nada que ver con eso.

—¿No me digas que estás celosa?. Es solo sexo, cariño. Yo ti te amo.

— Estas de atar Mateo. Tus cosas ya me están cansando, a lo mejor y nuestra relación se va al carajo.

—No me digas eso Marisa de mi alma. Eres la mujer de vida. Olvida lo que te dije, no hagas nada, ya buscaré la forma de arreglarlo.

Mateo, dejó de rogar y se rascó la cabeza pensativo. Luego se dirigió a Marisa:

—¿De veras sería capaz de irte? No lo creo, ni se me ocurre pensar que por una tontería renuncies a todo lo que te doy. No quiero ofenderte pero nadie en su sano juicio lo haría.

— Piensa lo que te dé la gana pero no voy a hacer lo que me pides.

—Está bien, ya trataré de resolverlo yo.

Mateo se levantó, buscó los vasos y la botella, bebieron y Marisa quiso más, bebió hasta que la voz salió floja y los ojos se enturbiaron. Siguió pegada al trago sin hacer caso a Mateo que esta vez se preocupó al notarle algo raro.

Al otro día Marisa durmió hasta las tantas, Mateo regresó misterioso, la besó , la sentó en un sofá del salón principal, sacó un estuche del bolsillo, le enseñó el anillo y le pidió que se casara con él.

Ese día salieron fueron a casa de la familia de Mateo, anunciaron el compromiso y pusieron fecha al enlace. De casa de los padre se dieron un

salto a una discoteca famosa, bailaron, bebieron y festejaron. Esa noche follaron como siempre. Marisa entre el alcohol y la neblina buscó felicidad y no la vio, solo la neblina y la visión de su vida futura. Estaba bien borracha, se durmió.

Al otro día Mateo fue a la oficina, Marisa como siempre durmió hasta tarde. Mirna en la cocina se preocupaba por la hora, sin saber por qué la empleada notaba que algo flotaba en el aire, a las tres de la tarde se decidió, subió llamó a Marisa, nadie respondió, la mujer hizo la señal de la cruz, se dio fuerza y abrió la puerta. Marisa estaba tendida en el suelo, Mirna corrió hacia ella, la joven balbuceaba, la empleada sin pensarlo dos veces le metió los dedos en la boca, la llevó al baño, por suerte la joven vomitó.

La metió en la ducha, logró bañarla, luego hizo que se pusiera el albornoz, la bajó con trabajo, la sentó en la terraza, buscó café.

—No debe beber tanto señorita, por poco se muere.

—Tienes razón, traté de levantarme y me caí, creo que confundí las pastillas. Gracias Mirna. ¿Cómo supiste que estaba mal?

—Usted nunca se ha demorado tanto en levantarse ya eran casi las tres. El corazón me decía que algo andaba mal, decidí subir a ver.

—¿A qué hora te vas hoy?

—A las seis, como siempre,

—Te llevo a tu casa.

Mirna quedó de una pieza,

—Vivo lejos señorita,

—No importa te llevo, ya a esa era estaré bien del todo.

—Mirna.

—Si señorita.

—Hoy no porque quedé en cenar con Regina pero que te parece si mañana te invito a cenar a ti y a tu familia.

—Eso no señorita, si el señorito se entera me pone de patitas en la calle y yo necesito mucho este trabajo.

—Mirna no me jodas—dijo Marisa—, soy la señora de la casa, pronto me caso con el señorito, así que aquí la que manda soy yo, mañana los llevo a cenar.

—¿Se casa?

—Si, me caso.

—Pues debe de estar contenta.

—No lo estoy pero me casaré con Mateo, no lo quiero ni para que me sople las narices pero me caso por su dinero. ¿Qué te parece?

Mirna no supo que decir, con los ricos es mejor tener la boca callada, la señorita Marisa no se veía nada bien, parecía una muñeca rota como la de su sobrina Felicia. Mirna se preocupó, todavía ni sabía si la señorita era buena o mala de lo que sí estaba segura era de que su cabeza fallaba.

A las seis de la tarde Marisa llevó a Mirna y subió con ella a su piso. Esa tarde conoció a la hermana y a la hija de su empleada, conversó con ellas y jugó con la niña. Por primera vez Mirna la reconoció. Es una buena persona, se dijo. En la cocina le comentó a la hermana que la señorita estaba muy rara.

—Me parece que su cabeza no anda bien, sería bueno que su familia lo supiera. Esta mañana me dio tremendo susto, dice que se equivocó de pastilla pero no sé hermana, creo que si no la hago vomitar no hace el cuento,

—No me digas eso Mirna, tú crees que se las tomó a propósito,

—No sé pero dice cada cosa que ni te cuento.

—¿Por qué no le dices que llame a su familia?

—Lo he pensado, pero no me quiero meter, ya sabes como son los platudos, te tiran a la basura sin pensarlo dos veces.

—No digas eso Mirna, el señorito Mateo no es malo.

—Lo creo hermana, sé que los hay peores.

Marisa se despidió agradecida, hacía mucho tiempo que no se sentía tranquila y relajada, antes de partir le dijo a Mirna que bajara con ella, la mujer fue. Marisa sacó dinero de un cajero, se lo dio a Mirna para que le comprara un regalo a Felicia.

—No me gusta hacer esto pero es lo único que se me ocurre, me he portado contigo como alguien que no soy, perdóname Mirna.

—Señorita esto es demasiado.

—Ojalá lo fuera pero por desgracia no lo es. El dinero no borra la injusticia.

—¿La viste?

—¿A quién?

—A Mariela, dicen que se operó las orejas, tenía orejas de soplillo, ahora se las pegó tanto que parece una desorejada. No escarmienta, hace poco se hizo una rinoplastia.

—¿Una qué?

—Una rinoplastia, se operó la nariz. También se comenta que se reconstruyó el himen.

—Caramba Regina te las sabes todas.

—No creas, si te lo cuento todo te caes de nalga. ¿Las tienes postizas?

—¿Qué cosa?

—Tus nalgas, casi todo el mundo se las levanta. El culo empinado es lo que se lleva.

—Por ahora no pienso operarme nada—dijo Marisa.

Marisa y Regina estaban sentada a la mesa de uno de los restaurante más lujosos de la ciudad, esperaban tranquilas el segundo plato. Regina comía lo justo para mantener su silueta perfecta. Marisa, que también quería ser perfecta, engullía golosa porque tenía tiempo, ahora tenía hambre y esperaba un poco más ansiosa a que viniera el pescado. Ambas bebían vino blanco

—¿Me enteré que te casas con Mateo? Estarás muy contenta.

—Lo estoy—contestó Marisa

Y extendió la mano para que la amiga viera el brillo de anillo que costó un huevo o dos, o más, que nadie sabe cuántos.

—Suerte la tuya pescaste a uno de los galanes más cotizado del mundillo.

—Mis revolcones me han costado.

—Lo imagino, nada es gratis en este mundo, pero de todas formas has tenido suerte, otras se han revolcado y no lo han conseguido.

—Es que no saben la receta perfecta.

—¿Cuál?

—No te la puedo decir pero a Mateo cuando le sirves ese plato pierde el norte.

—Yo no sé de dónde te sacó Mateo pero eres un brillante en bruto.

—En bruto nada, son un brillante pulido, por eso lo pesqué.

—Seguro le metes el dedo en el culo, a muchos les gusta.

—No es lo que les hace sino cómo lo haces—dijo Marisa.

—Tienes buena escuela muchacha.

—Sí, Mateo es mi maestro, quiere que compita contigo, que gane más dinero que tú, que sea la más bella entre las bellas, que me exhiba como mona de comparsa y que me codee más allá del garbanzo y las lentejas. A lo mejor y rodamos hasta los Ángeles. A eso aspiramos mi futuro marido y yo. Queremos ser más de lo más. Tenemos relacione del otro lado del charco.

—Muy bien, pero si quieres provocarme envidia te jodes. No me llegas ni a una brizna de mi sombrero de paja de Italia.

—No quiero provocarte nada, solo te informo—dijo Marisa

—Para pescar a un rico hay que mojarse— dijo Regina—. Cuando te escucho pienso en aquel bello castrado que conquistó a un Sultán y se convirtió en su preferido. Fue adorado por muchos pero antes de llegar a serlo fue un pobre niño secuestrado después que sus captores eliminaron a toda su familia. El niño se salvó porque era bello, por ser bello lo vendieron, lo castraron y lo usaron. El sultán se prendó de él y pasó a ser parte de la corte, lo elevó hasta la cima. El joven y bello castrado olvidó sus orígenes, olvido a su familia asesinada y se dedicó a complacer a los que se perdían ante tanta belleza y garbo. Dicen que después se enamoró de el gran Alejandro, ahí pierdo sus huellas.

—Joder Regina que historia. ¿De donde sacaste eso?

—Eso me lo contó mi primo que es polilla de biblioteca, le gusta escarbar en la historia.

—Tú y yo somos de este mundo—dijo Marisa—, por ahí vamos sin pensar mucho que para eso están otros. Nosotros vivimos para lucir, saborear el gusto que da tener lo que otros no tienen, somos los bendecidos y aunque a veces participamos en alguna campaña de azulejos rotos, siempre lo hacemos

sin perder la prestancia. ¿Qué puedo decirte que no sepas ya? Josefina marcó tendencia con sus tetas al aire, sus tirabuzones y enloqueció al gran corso. Por ella bebió los vientos Napoleón hasta que tuvo que dejarla en aras del poder. Josefina a pesar de su belleza no pudo seguir siendo emperatriz porque envejeció. El tiempo es una mala palabra que a todos nos azota.

—Joder Marisa que historia. ¿De dónde la sacaste?

—De ningún lado, eso lo sé desde antes de nacer.

Parecían dos cortesanas de la corte de Luis XIV, sólo les faltaba la peluca y el lunar porque el veneno sobraba. Eran amigas pero Marisa no tenía un buen día y Regina estaba molesta porque la tonta esta quería competir con ella. El pescado llegó, bebieron saborearon y se relajaron, al final se rieron de ellas mismas, lavaron sus trapos sucios y se fueron igual que como entraron venenosas, ricas, famosas y al parecer felices.

Marisa llegó a su Dúplex de lujo, miró la hora, llamó a Mateo, éste le dijo que se demoraba. La joven subió a la habitación se quitó la ropa, se puso cómoda, fue al baño. Se lavó la cara y se miró al espejo por unos minutos. Las lágrimas comenzaron a rodar y ella la dejó que bajaran incontenibles. Caminó, se recostó a la pared, rodó hasta el suelo y el llanto se hizo alarido. Lloró sin control, con rabia, con pena y con lástima de sí misma. Lloró por largo rato hasta que las lagrimas se secaron y los ojos se hincharon. Encogió las piernas, la rodeó con los brazos, bajó la cabeza, quedó quieta. Al rato busco una pastilla, se tiró en la cama.

Mateo llegó tarde, por suerte la dejó dormir porque estaba cansado y porque mañana se iba a otra ciudad. Tenía asuntos que resolver, estaría ausente tres días. Marisa apenas lo escuchó porque los ojos se le cerraban. Se

durmió.

Durmió hasta tarde, cuando se levantó Mateo ya se había ido. Marisa fue al baño, se duchó, se puso unos vaqueros, una camiseta sacó un chaqueta de entretiem po la tiró en la cama, se secó el pelo. Fue al vestidor miró todo el ropero, el sitio de las joyas, los zapatos, sombreros, abrigos y más y más cosas que colmaban la vista. Buscó su maleta pequeña, echó su ropaje antiguo que había sobrevivido a la tormenta. Salió del vestidor, puso la maleta al lado de la puerta. Se sentó en la cama. Sintió toques . Mirna se asomó

— El portero dice que hay un hombre que quiere verla.

—¿No te dijo quien?

—Ese es el problema, no quiso decir el nombre, dijo que usted sabe quien es.

—Dígale que lo deje entrar. Llévalo al salón grande ahora bajo.

Quedó sentada en la cama, no quiso pensar, sintió un golpe leve en el pecho y temblor de las piernas. Salió y comenzó a bajar los escalones con dificultad. Fue hasta el salón, tuvo que recostarse para no caer.

—Hola —dijo Lorenzo.

—Hola dijo ella.

—¿Quieres dar una vuelta?

—Sí—dijo ella tan bajo que él tuvo que insistir, ella entonces asintió con la cabeza.

—Buscas tus cosas—dijo.

—¿Viniste en la moto?

—No, vine en coche.

—Acércate Lorenzo, no puedo moverme, estoy temblando.

Lorenzo se acercó, la abrazó fuerte porque Marisa se desmayaba.

Después de unos minutos Marisa se recuperó y subió a buscar la maleta, en el cuarto miró por unos segundos todo lo que la rodeaba y sintió que la Marisa de ahorita era un polvo sucio barrido por el viento, quitó el anillo, lo puso en la mesilla. Cogió su maleta, su bolso su abrigo y bajó.

13

Marisa subió al coche, llorando. Lorenzo condujo un tramo aparcó y trató de calmarla. Se asustó, la joven no paraba de llorar, a duras penas logró calmarla un poco, después la llevó al piso de Esteban, le quitó la ropa, le puso una camiseta y un short, la acostó.

—¿Tienes alguna pastilla?—le preguntó.

Ella dijo que en el bolso. Lorenzo le dio la pastilla, luego se acostó al lado de ella y le dio besos en la frente, en los ojos, le susurró palabras tiernas hasta que la joven dejó de llorar. Antes de dormirse le rogó que no la dejara nunca. El le respondió que nunca la había dejado, que no pudo hacerlo porque era su mitad.

Marisa durmió todo el tiempo con pesadillas, Lorenzo no se apartaba de ella, la abrazaba, velaba su sueño y se angustiaba al verla. Se sintió culpable. Después de calmarla de una de sus pesadillas el joven fue a la

cocina, llamó a Esteban.

—Está mal Esteban, no sé qué hacer. Lloro constantemente, tengo pesadillas, no quiere que me separe de ella. Todavía no me atrevo a llamar a sus padres, creo que eso la pondrá peor.

—¿Cree que ese hombre le ha hecho algo?

—Se lo pregunté, me juró que no, iban a casarse.

—¿Qué hace ahora?

—Duerme, estoy desesperado...

Lorenzo empezó a llorar.

—Habla Lorenzo. ¿Qué pasa?

Lorenzo logró calmarse.

—No me lo dijo pero estoy seguro que mi Marisa se iba a suicidar. En su bolso encontré un montón de pastillas y una nota.

—Quédate tranquilo, Lara y yo vamos para allá. No te separes de ella.

Lorenzo regresó a la habitación y se acostó al lado de Marisa. La abrazó y besó sus cabellos, la frente, los ojos y la congoja lo mataba al verla tan mal.

Un hombre que ama no deja ir a la mujer amada tan fácil y él se escabulló, la dejó sola pensando en que no estaba a su altura. Eso de altura es vieja expresión de poetas cursis, trasnochados, quisiste ser uno que renuncia como si fueras un tuberculoso del romanticismo.

Lorenzo reconoce ahora que renunciar a veces es oficio de cobarde, no quiso hacer nada por salvar la relación. Se equivocó y pagó caro. No la olvidó ni un instante, la extrañó tanto estos meses que no pudo aguantar más y fue a buscarla.

Ahora tiembla, teme que el daño sea irreparable, Marisa al parecer

bebía fumaba, llevaba una vida de excesos. A Lorenzo se le apretó el pecho al pensar que de la muchacha malcriada, frágil y tierna que amó no quedara nada. El joven temía porque sabía que los errores fatales pueden llevar a la deriva eterna. Se aterró al imaginar a un Marisa sin rumbo y amargada.

La miró y apretó los ojos para controlar las lágrimas. A pesar de sus miedos, tuvo esperanza.

Lara y Esteban llegaron, Lorenzo los recibió aliviado, Lara fue a la habitación, la miró dormir, regresó al salón y Lorenzo le enseñó las pastillas. La doctora las revisó, al parecer tenía una depresión muy profunda. En un momento así era lógico que apareciera la idea del suicidio.

—No te preocupes—dijo Lara—, seguro esa depresión es puntual, cuando desaparezcan las causas, desaparecerán los síntomas. Con cuidado y amor tu muchacha se repondrá.

Lorenzo respiró aliviado, claro que tendrá cuidado y amor. Esteban le dio una palmada en la espalda.

—Por suerte llegaste a tiempo. No sé cómo te ocurrió, de verdad que eres un bravo.

—No es nada de eso—dijo Lorenzo—, fue ella la que me hizo buscarla. No sé por qué siempre tuve la seguridad de no era feliz y que me necesitaba. Además estaba loco por verla.

—De verdad Lorenzo, eres la hostia. Llegaste en el justo momento. Hablando de otra cosa. ¿Cuándo empiezas en tu nuevo empleo?

—La próxima semana.

—Qué bien—dijo Lara—, así tienes tiempo para ocuparte de ella.

—Sí, pero no sé si debo avisarle a sus padres.

—¿Todavía no lo has hecho?

—No.

—¿Por qué?

—Porque ella no quiere preocuparlos.

—De todas formas tienes que hacerlo—dijo Esteban.

Esteban y Lara se miraron.

—Lara y yo podemos quedarnos aquí un rato—dijo Esteban—, creo que debes llegarte donde la familia y decirles lo que hay, viven cerca de aquí.

Lorenzo quedó pensativo.

—No sé cómo reaccionarán, yo no les gusto, nunca les he gustado y menos que me relacione con su hija.

—Tienes que ir amigo, no te queda otra, es mejor que vayas ahora mismo antes de que se arme el alboroto.

—Está bien, estén al tanto de ella, regreso enseguida.

Lorenzo fue a casa de los Soler casi a las nueve de la noche, tocó y escuchó la voz que preguntaba, dijo soy Lorenzo y necesito hablar con ustedes. De otro lado se hizo un silencio, luego la voz dijo empuja. La puerta se abrió, Lorenzo subió las escaleras, tocó.

Arturo Soler padre le abrió. Lo miró extrañado.

—¿Qué te trae por acá muchacho?

—¿Puedo entrar?

—Sí, cómo no, entra.

Lorenzo siguió a Soler hasta el salón el padre de Marisa le hizo seña para que se sentara. El joven lo hizo, carraspeó, luego habló.

—Marisa está conmigo—dijo.

Arturo Soler escrutó el rostro de Lorenzo, el salto en el pecho se atenuó al verlo tan tranquilo.

—¿Está bien?—preguntó.

—No muy bien un poco deprimida, nada más.

—Estábamos asustados, Mateo ha llamado aquí varias veces preguntando por ella.

Lorenzo no había visto a Fernanda que escuchaba. La mujer se acercó, Lorenzo al verla se levantó, le extendió la mano para saludar pero para su asombro ella se le dio dos besos en la mejilla. Luego le dijo que se sentara, ella lo hizo a su lado.

—Gracias Lorenzo, gracias—dijo Fernanda—, estábamos en vilo, desde esta tarde la hemos tratado de localizar pero su teléfono está apagado. No me engañes. ¿Le sucede algo?

—No se preocupen, les garantizo que está bien, ahora duerme. Si quiere la llevo para que la vea.

Fernanda se levantó.

—Llévame, quiero verla.

—Mujer, tranquila. Deja que Lorenzo se ocupe—dijo Soler—. Me imagino lo que ha pasado y si no me equivoco sé que nuestra hija ahora con quien quiere estar es con él.

—Confíen en mí, Marisa pronto se recuperará, espero que mañana mismo los llame. De todas formas estamos aquí cerca. Les dejo la dirección para que estén más tranquilo, también pueden llamarme al móvil, ahora mismo les doy el número.

Los padre de Marisa respiraron, cogieron la dirección y el número del móvil, Soler le preguntó a Lorenzo si quería café. El joven dijo que sí, hoy apenas ha tenido tiempo de comer.

Fernanda se levantó y fue a la cocina.

—¿Marisa se quedará contigo?—preguntó Soler.

—Si—dijo rotundo—, no volveremos a separarnos.

—Perdónanos hijo, fuimos unos tontos.

—No hay nada que perdonar. Ahora lo importante es que esté bien.

—Tienes razón.

—Soler—dijo Lorenzo caviloso.

—¿Dime?

—Me preocupa la reacción de Mateo, quisiera que usted le explicara, dice Marisa que no tiene ninguna queja de él, incluso iban a casarse. Siento un poco de pena pero...

—Nada hijo, que Marisa no lo quiere. No te preocupes, le explicaré, vete tranquilo.

Fernanda regresó con el café, se lo dio y le preguntó si quería comer algo. Lorenzo dijo que no, en el piso tenía víveres. El joven bebió el café, se levantó para marchar, los Soler lo acompañaron hasta la puerta. Fernanda secó una lágrima rebelde.

—No hay que llorar mujer—le dijo Soler cuando regresaron al salón—, al contrario, hay que alegrarse, nosotros sabíamos que algo andaba mal. Siempre se aprende, no lo digo por ella, lo digo por nosotros, la empujamos para que dejara a ese muchacho.

Lorenzo regresó, Lara y Esteban respiraron aliviados cuando el joven les contó de su visita a los Soler.

—Rectificar es de sabio—dijo Esteban—, según parece han reconocido la metedura de para.

—No se les puede juzgar tan duro—dijo Lara—, los padres quieren lo mejor para los hijos, lo que a veces se equivocan en qué es lo mejor.

—Ya todo eso es pasado—dijo Lorenzo., lo único que me preocupa ahora es Marisa.

—No sufras amigo, ya verás que pronto estará bien y podrán decir al

fin solos.

—Ojalá.

—Nosotros nos vamos, cualquier cosa no dudes en llamar.

Lorenzo los acompañó hasta la puerta agradecido, nunca podrá pagar los favores de ese amigo que más que amigo es un hermano.

—Gracias a los dos—, dijo al despedirlos.

Ya en el coche Esteban notó a Lara pensativa.

—¿En que piensas?

—En Lorenzo. No te pongas celoso pero tu amigo es un dulce. Entiendo a Marisa con un hombre como ese una lo deja todo.

—Espera que te tiro aquí mismo como bolsa de basura.

—No te hagas, sabes que para mí tú eres único pero eso no quita para valorar ciertas cosas.

—¿Cómo cuales?

—Que Lorenzo tiene un aire de caballero antiguo, un toque de ternura y delicadeza que enganchan.

—Si, muy caballero pero antes de enamorarse de Marisa muchas querían matarlo porque le echaba un polvo y las tiraba. A tu tierno Lorenzo le decían el hombre de la picha asesina. Era un caballero cabrón, esa era una de las razones por la que la familia de Marisa no lo quería ver ni en pintura.

—Caray Esteban que es tu amigo.

—Amigo ni leche, resulta que ahora me enamora a la mujer. Eso le pasó a Menelao, le robaron a Elena en sus narices y ardió Troya.

Lara no pudo contener la risa.

—Eres un disparatado, seguro que lo que te he dicho te pone cachondo.

—Ni lo digas que me alboroto y te meto mano aquí mismo. Sexo en el

coche del celoso, ese es el nombre.

—También puede ser accidente del orate, si no miras por donde conduce.

El final fue así, llegaron al piso y Esteban le cayó a Lara como una fiera, empezó desde la sala y terminaron en la habitación. Lara cantó el aria de la Traviata mientras Esteban la dirigía como un Verdi encantado.

Al otro día como a las diez de la mañana Lorenzo en la cocina puso el café, sacó un pote de leche y se dispuso a preparar el desayuno. Estaba ensimismado, no sintió los pasos hasta que Marisa no llegó junto a él y lo abrazó por la espalda. Lorenzo se volvió, la miró emocionado. Marisa tenía el albornoz puesto, los cabellos húmedos.

—Me di una ducha dijo sonriente.

Lorenzo la apretó contra él.

—Te ves bien—dijo.

—Si dormí bastante. ¿Qué haces, déjame a mi?

—No, siéntate tranquila, yo sigo.

La llevó hasta la silla al lado de la mesa.

—Ahora mismo te traigo el desayuno, espera.

—No tienes que mimarme tanto, estoy bien. No puedo seguir durmiendo como una marmota, debo hablar con mi familia.

Lorenzo trajo el café, la leche y las tostadas, se sentó frente a ella.

—No hay apuro, ya hablé con ellos.

Marisa se asombró.

—¿Cuándo hablaste con ellos?

—Fui anoche mientras dormía, aproveché que Lara y Esteban

estuvieron aquí. Tú estabas dormida.

—¿Te recibieron bien? ¿Qué les dijiste?

—Que estabas aquí conmigo.

—¿Qué más?

—Les dije que íbamos a vivir juntos.

A Lorenzo le volvió el susto porque Marisa volvió a ponerse extraña.

—¿No me has preguntado por qué no me fui si tan mal estaba?

—No quiero hablar de eso, quiero que te olvides del pasado.

Entonces Marisa se levantó, empezó a dar vueltas con los ojos arrasados por las lágrimas. Lorenzo recordó los consejos de Lara. Es mejor que hable, que se desahogue, eso ayudará.

El joven quedó quieto cuando ella empezó un monólogo de pecador en penitencia, una autoflagelación para soltar todas las culpas que la ahogaban. Marisa dijo que desde que llegó al sitio donde sobaban los teneres y faltaban las palabras lo único que dio sentido a su vida fue la ambición. Quería ser rica, bella, famosa, única para la élite y para Mateo que tan bien la secundaba. Se propuso ser indiferente fría, no le interesó familia ni recuerdos ni bondades. Asumió su papel segura que así podría hacer desaparecer a la muchacha tonta que se enamoró de un don nadie. Se vistió con ropa ajena, imitó, calcó y se engañó de tal manera que al final creyó que sin el boato y el lujo no podría vivir.

Desde el principio me resigné a vivir sin ti Lorenzo. Lo hice a cambio de viajes a París, amaneceres en Londres, cenas en Milán y noches de locuras y disparates. Quise llegar al fondo, ser la reina del oropel y la liviandad y para lograrlo me propuse que Mateo me amara y estuviera dispuesto a todo por mí. Lo logré, las campanadas de boda fueron el final perfecto que cerró la velada. Al llegar ahí no pude seguir. Quise morir porque

me di cuenta que ya yo no existía.

No culpo a nadie, me culpo a mí de mis debilidades. No reniego de la vida cómoda, quizás al lado tuyo todo hubiera sido distinto, pero sin ti Lorenzo nada tiene sentido para mí y lo peor es que ya no sirvo. No te merezco, soy una mierda una enferma que bebe, fuma y tiene pesadillas horribles, ya no soy la inocente muchacha, la dulcera que te pidió que la llevara a la cama.

Marisa rodó hasta el piso, siguió llorando mientras Lorenzo la miraba. El joven quedó quieto, la dejó llorar hasta que el llanto se hizo un quejido lastimoso. La joven tenía la cabeza apoyada en las rodillas, los cabellos todavía húmedos caían por los lados y por la espalda. Cuando dejó de llorar Lorenzo se agachó y la abrazó tierno, le besó la cabeza, le susurró al oído si quería ir a la cama. La levantó, la cargó y la llevó a la habitación, luego le trajo las pastillas y el vaso con el agua. Al poco rato la joven se durmió.

Era casi de noche cuando Marisa despertó, Lorenzo estaba acostado al lado de ella. El joven la abrazó fuerte.

—Eres mi Marisa de siempre. No eres culpable de nada, no tienes por qué sentirte como si fueras una bruja, eso es una tontería.

Marisa alzó la cabeza, miró a Lorenzo y sonrió agradecida.

—Tengo hambre, voy a preparar algo para que comamos—dijo Marisa.

—No hace falta, ya lo hice.

Marisa se levantó, fue al baño, tenía la camiseta y el short de Lorenzo.

—Estoy hecha un espanto—dijo.

—Estás guapísima —dijo él desde la cama.

La joven salió del baño, haló a Lorenzo para que se levantara, se pegó a él, alzó el rostro.

—Bésame—pidió.

Lorenzo le dio un beso en la frente.

—En la boca—pidió ella.

—¿No vamos a comer?

—Ahorita—dijo Marisa—, primero quiero que me beses.

Fue un momento igual y único. Lorenzo la besó en los labios. Luego la apretó con fuerza, quedaron abrazados. Marisa entre sollozos le dijo no me dejes, él le contestó cómo te voy a dejar si eres mi costado.

Se besaron de nuevo, luego él se echó hacia atrás, la miró con fijeza, después le rozó el oído con los labios, le dijo desnúdate, quiero verte como tantas veces te he soñado.

—SI ya me has visto.

—No, no te visto porque si lo hacía me moría. Quiero verte ahora, despierta y consciente de lo que quieres.

Marisa se apartó y se desnudó temblorosa.

El la atrajo

— ¿Por qué tiemblas?

—Porque cuando me miras así y me tocas soy un flan.

Lorenzo sonrió.

—Pues te voy a comer todo—dijo ahogado.

—No creas que te será muy fácil porque me voy a defender.

—Ya veremos si puede—dijo al llevarla a la cama.

Lorenzo le alzó las piernas y le mordió los muslos con mordidas de animal amoroso, la besó y la mordió hasta llegar al pubis que rodeo y condenó al desespero porque la lengua entro y se movió mortífera, perforó los costados, hizo vibrar el clítoris. Marisa sufría y pedía una muerte de luz o

una muerte ciega. La joven imploraba la entrada del guerrero que al clavar y sacar su espada la hundiría en el placer nunca antes conseguido. Y así fue, Lorenzo después de rodear la fortaleza se metió de lleno en un combate donde solo él atacaba porque quería hacerla feliz. Quería darle todo el amor que le negó. Se empeñó en quitar toda la tristeza y todo el llanto en la mirada de su Marisa adorada. Logró hacerla olvidar, logró hacerla vivir esa muerte que da vida. La joven se apretó a él, suspiró feliz.

Marisa empezó a besarlos despacio, empezó desde la cabeza, siguió por la frente, los ojos, el pecho, el vientre, el ombligo, llegó hasta el sexo. Lorenzo se inclinó. Le preguntó ¿quieres?, ella dijo que sí, entonces él quedó quieto mientras ella pasó la lengua por la verga, besó los testículos y luego metió el pene en la boca y chupó con ritmo sabio. Lo hizo sin parar mientras Lorenzo se arqueaba y jadeaba ahogándose de gusto. La joven se esmeró, quiso ser su dueña y su castigo. Quiso darle todo el amor que le negó, atarlo a sus anhelos, matarlo de placer, tragar su líquido para después soltarlo como viejo desvalido. Después se cogió la verga la paró de nuevo y se encaramó encima. Se movió, se echó hacia atrás, se inclinó para que el chupara sus pezones, lamiera sus aureolas. Siguió moviéndose, él se aferraba a sus nalgas, las conducía para hacer que brotar el jugo milagroso. A final, los dos sintieron el vértigo milagroso que dio inicio al surgimiento del principio.

Quedaron abrazados y tranquilos, Lorenzo la besó en la frente.

—Tienes que llamar a tu familia—dijo Lorenzo.

—Ahora lo hago, déjame estar un rato así contigo.

—Está bien pero llama.

—Lorenzo.

—Dime

—Esta misma semana quiero salir a buscar trabajo, tengo que ayudarte. Tenemos que alquilar un piso

Lorenzo dejó de pasarle la mano por la cabeza, se ladeó y la miró.

—Este piso se lo alquilé a Esteban cuando vine de Alemania, también me compre el coche, me costó barato pero está bien.

Lorenzo respiró fuerte. Marisa lo conocía su Lorenzo era parco, no hablaba demasiado por eso al escuchar el ruido de su respiración supo que quería decir algo.

—En Alemania trabajé duro, lo hice porque siempre tuve la idea de buscarte, no quería parecer como un perro callejero muerto de hambre. Como mínimo tenía que ofrecerte una casa donde vivir. Sergio, el gerente de la tienda donde trabajé se hizo muy amigo mío. Cuando le dije que quería regresar me consiguió un trabajo de jefe de piso en un centro comercial de aquí. El lunes empiezo—la miró tierno—, no es gran cosa lo que te ofrezco pero no tienes necesidad de apurarte en conseguir empleo.

Marisa le besó los ojos y la nariz.

—De todas formas quiero trabajar, no es porque aspire a más sino porque no es justo que tú solo asumas todos los gastos. También está tu familia.

—Mi familia no tiene problema, Lara la mujer de Esteban ayudó a mi madre a conseguir empleo, Berta y Fabio trabajan, viven todos juntos, les va bien. Berta tiene un niño precioso.

Lorenzo la miró con esa mirada que a Marisa la ponía como un flan.

—Si no nos levantamos no respondo.

Marisa se pegó más a él, sintió el miembro duro afincado a su sexo, la muchacha se puso encima de , metió el falo. Empezaron a moverse, el silencio se llenó de gemidos, suspiros y ruidos de besos hasta que Lorenzo empezó a sacarla y meterla con la fuerza de un animal embravecido y Marisa

se movió para buscar y dar placer con todos sus sentidos.

Terminaron, fueron a ducharse. Lorenzo besó a Marisa en la espalda, en el cuello, las nalgas, luego la viró y le metió el dedo en su sexo, Marisa se abrió como flor en verano para que el dedo cabalgara sobre su clítoris en carrera veloz hasta parar cuando sus piernas se aflojaron. Ella lo besó en los labios, en el cuello, en el torso mojado, él le susurro algo al oído, ella dijo si. El le alzó el rostro y le dijo pídamelo, ella le habló quedo. Entonces Lorenzo la pegó a la pared, le dijo afíncate y la penetró mientras el agua cubría los cuerpos y el deseo los empapaba como lluvia de verano.

14

Después de cenar Marisa fregó los platos, Lorenzo no pudo contener una sonrisa burlona.

—¿Sabes fregar?

—Claro que sé—dijo ella enojada—, mientras no consiga empleo yo me ocupo de la casa. Después compartiremos las tareas, eso dependerá de los horarios que tengamos cada uno. Ah y otra cosa, quiero que nos casemos.

—¿Y eso?—preguntó Lorenzo ocultando la alegría.

—Te conozco, vuelves loca a las mujeres—se viró—, a la prueba me remito. Nada de darte chance para que andes por ahí detrás de las faldas. En esos centros comerciales trabajan muchas tía locas por ligarse a uno como tú, así que nos casamos.

—Pero el matrimonio no impiden los cuernos, yo creo que al contrario.

—No me importa, nos casamos, el matrimonio es una gran prueba de

amor, no me voy a quedar con esa espinita de que no quieres casarte conmigo.

—Ve acá—dijo Lorenzo.

Marisa se secó las manos y se acercó.

—Siéntate aquí—le pidió Lorenzo, dando unas palmadas en sus piernas.

Marisa se sentó, se abrazaron.

—No me aprietes mucho que me caliento.

—No me importa, te quito la calentura.

El joven rió.

—Las damas esperan a que los hombres le pidan matrimonio.

—Yo no soy una dama.

—De todas formas escúchame. ¿Quieres casarte conmigo, Marisa adorada?

—¿Y me lo preguntas? Claro que quiero, todavía no sabes que si me pincho no sale sangre.

—¿Qué sale?

—Sales tú, Lorenzo de mi vida, estás en mi sangre, en mis ganglios, mis tiroides y todo los órganos de mi cuerpo. Y una cosa que aprendí, eres el yang de mi yin,

—¿Qué es eso amor?

—Que nos complementamos, que no podemos estar el uno sin el otro.

—Suena muy bien. Lo que no me explico es por qué me quieres tanto.

—Hombre eso es obvio.¿ Nadie te ha dicho que eres muy guapo y que te das un aire a un actor de cine de pelo negro, ojos de mirada tierna y sonrisa de ángel?

—¿Todo eso lo tiene el actor ese?

—Ya quisiera. Todo eso lo tienes tú y más. Eres hermoso pero lo que más me gusta es tu nobleza, tu capacidad para vivir sin dañar, tu delicadeza, esa tranquilidad que muestra y la firmeza con la que actúas.

—Te dejé ir, te hice daño, eso me amarga.

—No digas eso, el daño me lo hice yo.

—Ya no hablemos más de eso—dijo Lorenzo.

Lorenzo la levantó y la sentó en la encimera, le bajó el short y le quitó la camiseta, ella rodeó su cintura con las piernas. Se la metió mirándola a los ojos, esos mismos que esta mañana lloraban tristes y ahora brillan como dos faroles encendidos por el empuje de la verga que la llena, la excita, la enloquece hasta sentir ganas de entonar el Aleluya sin dar el do de pecho porque ahora mismo el le besa las tetas, muerde los pezones, le aprieta nalgas y ella se mueve, se arquea, se ahoga y desfallece. Lorenzo sigue mantiene la verga erecta, se la mete, la saca y raspa las paredes, frota el clítoris y repite sin parar hasta vencerla de nuevo y caer vencido.

Lorenzo se separó risueño, embobado, feliz. Le dio una palmada en la nalga.

—Anda, ve y llama a tu familia—le dijo.

Después de hablar con su familia Lorenzo y Marisa se sentaron en el sofá del salón a ver una peli. Lo hicieron abrazados, del final ni se enteraron porque el joven la sentó encima, le abrió las piernas y follaron. Al terminar quedaron abrazados. Lorenzo sintió las lágrimas rodarle por el pecho. La miró.

—¿Qué pasa, te hice daño?

—Es que nada más me la metes y se me sale,

Lorenzo no pudo evitar la risa.

—¿Por eso lloras?

—Es que soy tan feliz que me da miedo.

14

Al otro día, al caer la tarde Marisa fue a ver a su familia. Desde ayer anunció su visita por eso no le sorprendió encontrarlos a todos. La joven se emocionó con el recibimiento, por primera vez los Soler hicieron gala de discreción y mesura. La abrazaron, y besaron. Los padres no pudieron evitar alguna lagrimita pero ni aún así perdieron la compostura. Nada de crítica ni de preguntas indiscretas, ninguna salida fuera de lugar, ni siquiera Javier osó dar una nota discordante y es que en el aire flotaba algo de culpa. No sabían los detalles pero imaginaban que Marisa no la había pasado bien y que ellos habían puesto muchas velas en ese entierro.

Al principio hubo un poco de tiesura pero a medida que conversaban el hielo se fue rompiendo.

—Quiero que sepan que estoy bien, Estuve un poco jodida pero ya pasó. No sigan con esas caras, soy la mujer más feliz del mundo.

—¿Por qué no vino Lorenzo?—preguntó Soler.

—Dijo que primero viniera yo sola, que otro día vendría él.

—Ahora tendrás que apañártela—dijo Javier—, mamita Fernanda no te hará las cosas.

—Pues mira, ya me las apaño. Cocino, friego, lavo, limpio y hago todo y bien. Lorenzo no cree que sea la primera vez que me ocupo de una casa. Y quiero que sepas querido hermanito, Lorenzo no es como tú que tienes a Lucía de criada. El hace las mismas cosas, lo que pasa es que yo quiero. Tengo que aprender, el lunes empieza a trabajar y me tengo que ocupar.

—Lo que hay que ver—dijo Fernanda—, aquí lo único que hacías era berrear, ahora resulta que eres la perfecta ama de casa.

—Así son las cosas mujer—dijo Soler—, no olvide que tú eras igual, Doña Francisca decía lo mismo de ti.

—Mateo estuvo aquí—dijo Fernanda—, trabajo nos costó calmarlo, quería ir a buscarte. Enseguida se imaginó que estabas con Lorenzo, dijo un montón de tonterías. Tratamos de que entrara en razón. Tu hermano Arturo logró que entrara en razón, no fue fácil.

—No tengo remordimientos—dijo Marisa—, el se portó bien conmigo, yo también me porté bien, intenté quererlo pero no fue posible. Si Lorenzo no llega a tiempo no sé qué hubiera pasado. No quiero hablar más de eso.

Se hizo un silencio sepulcral. Los Soler adivinaron la tragedia y sus corazones se apretaron. Soler abrazó a su hija pequeña, Fernanda disimuló una lágrima. Marisa los miró.

—Cambien esa cara, ya todo pasó, ahora les repito que soy la mujer más feliz de este mundo y de todos los otros que puedan haber por ahí.

Después del mal rato las aguas volvieron a su cauce, los Soler hablaron, rieron y los hermanos siguieron pinchando a la hermanita porque ni

locos comemos lo que cocinas.

Los Soler fueron los mismos de siempre, los tres hermanos estaban ahí, cada uno con su vida, pero los tres parecían tranquilos y felices. Fernanda y Soler los miraban y no podía creer que aquellos pequeñitos de ayer fueran estos jóvenes de hoy.

Se equivocaron con Marisa, era la benjamina de la familia, quisieron para ella lo mejor sin darse cuenta que la palabra mejor puede llevarnos al engaño. Los Soler creyeron que la hija sería feliz en la abundancia, al final se dieron cuenta que tener o no tener no es la cuestión.

Mientras la familia Soler festejaba el regreso de la hija, Lorenzo y Esteban también festejaban porque al fin todo estaba en su lugar. Ya no había susto.

Lorenzo estaba más que feliz, el amigo nunca lo había visto tan dichoso, tan locuaz y hasta simpático. Segundo dijo que era otro. No te creas a mí me pasó lo mismo con mi Olegaria, al principio se dio un poco de importancia y al final, mira, todavía la tengo comiendo de mi mano. A mi Lara la tengo igual, le di un componte la otra noche y anda más derecha que una vela.

—¿Qué te pasó con Lara?—preguntó Lorenzo.

—Nada que quiso hacerse la graciosa, me puse como un Otelo, lo que no la maté literalmente, la maté con mi espada de Damocles, le cayó encima y la fulminó. Todas las noches me busca para que la espada la atraviese.

Esteban invitó a Lorenzo a cenar.

—A Lara y a mí nos daría mucho gusto que fueran a casa. Tendrán que tener cuidado, Lara quiere hacer una receta que leyó en un libro de cocina, mi mujer es temible cuando anuncia receta nueva. Si no le sale bien

tendemos que ir a la esquina a comer algo.

Lorenzo dijo que no importaba porque Marisa estaba aprendiendo a cocinar y no te creas, a veces se le va la mano.

—¿No temes que alguna vez Marisa se arrepienta de haber dejado una vida cómoda por ti?—preguntó Esteban.

—No temo—dijo Lorenzo—, no me preocupa, no voy a vivir con el paraguas a cuesta por si acaso llueve. No tengo mucha verba como tú pero Marisa y yo nos amamos desde el primer día que estuvimos juntos. Ya hemos cruzado el Rubicon, no creo que hayan más pruebas que enfrentar.

Esteban se puso las manos en la cabeza y empezó a dar vueltas, luego volvió a sentarse

—Caramba Lorenzo, ahora si que me fui de espalda, qué cabrón. Ya me das hasta lecciones.

—Al lado tuyo, algo se pega—dijo Lorenzo sonriente.

A Lorenzo y Esteban se les fue el tiempo conversando y no se dieron cuenta que Marisa entró hasta que no estuvo al lado de ellos. La joven se veía espectacular, vestía sus vaqueros, su camiseta de siempre y sus cabellos tenían su color verdadero. Lorenzo la atrajo y la besó. Ella dio dos besos a Esteban que quedó arrobado al verla tan hermosa y risueña.

Conversaron, la joven supo de la invitación de mañana y se alegró mucho, la idea de intimar con los amigos de Lorenzo la complacía. Ya entrada la noche se despidieron de Esteban y regresaron al piso.

Quedaron detenidos al lado de la puerta.

—Acércate—dijo Lorenzo.

Ella dio unos pasos. Lorenzo la abrazó, Marisa temblaba, la apartó.

—¿Por qué tiemblas?

—No puedo evitarlo, cuando me dices acércate me aflojo.

Al joven los ojos le brillaron.

—Te amo, le susurró al oído.

—Yo también—dijo ella.

Lorenzo la besó, ella se apretó más, él le besó el cuello, mordió la barbilla. Volvió a besarla en los labios. Te quiero, le dijo, te quiero tanto Marisa mía que a veces creo que sueño.

—A mi también me pasa y creo que más—dijo Marisa—. Esto es una enfermedad.

—Estamos jodidos—dijo él.

Siguieron besándose y las caricias rodaron por los costados. Lorenzo la cargó y la lleva a la cama. Se sintieron tan juntos, tan pegados el uno con el otro que el sexo fue un fiesta llena de luces y de orgasmos.

Al otro día la pareja fue a visitar a la familia de Lorenzo, ellos estaban al tanto y no ocultaron la alegría. Berta y su madre adoraban a Lorenzo, verlo feliz las tenía gozosa, más a Berta que supo de la tristeza del hermano al separarse de Marisa.

La pasaron bien, Marisa conoció al pequeño Tobías y quedó prendada del pequeñín, también conoció a Fabio, el joven cuñado dijo que al fin la familia sonreía porque este Lorenzo es muy callado pero estuvo a punto de morir por ti. Eso halagó a Marisa de tal forma le dio por levantarse y darle dos besos a Fabio. Lorenzo se avergonzó un poco pero al final dijo que era verdad, la pasó fatal. Casi voy directo al desguace, era pura chatarra.

En un aparte Berta y Marisa conversaron, ambas estaban muy contentas de ser familia.

—Gracias Marisa, te debo la felicidad de mi hermano.

—Tu hermano es maravilloso Berta, solo pudo decirte que lo quiero a morir.

—Lo sé amiga.

Se abrazaron llorosas, se dijeron muchas cosas más y salieron con el café y la madre les dijo que al parecer lo habían ido lo fueron a buscar a Brasil. Por poco me duermo, dijo la señora.

15

Al mes Marisa consiguió trabajo en una pastelería cerca. Tres días antes de empezar a trabajar Marisa y Lorenzo se casaron. Fue una boda a secas, en primer lugar porque ninguno de los dos creían en los rituales ni en las algarabías. Se casaron porque se amaban y porque tanto amor tenía que ser plasmado en los anales de los grandes amores que el mundo han sido. Lo único que aceptaron fue una cena en casa de los Soler, donde también estuvieron la familia de Lorenzo, Esteban y Lara. La cena derivó en un jolgorio familiar donde Arturo Soler padre, sacó la botella de vino que tan escondida estaba.

En la reunión conocieron los planes de Lorenzo y Marisa, Lorenzo tenía algún dinero que ahorró durante su estancia en Alemania, ahora el

devengaba un buen salario, Marisa también lo tendría así que la recién formada familia Montero Soler pensaba en un futuro no muy lejano abrir una cafetería.

La reunión duró hasta las tantas, Marisa y Lorenzo regresaron a su piso, cansados, felices y follaron.

¿Qué haces? Te respiro, te bebo y te busco en cada tramo, busco tu clítoris, tu crica, tu vulva que se repliega ante mi ataque y me empuja a meterme más y más en ti mujer que me acosa, que me guía y me lleva hasta el fondo de ti para hundirme en los espasmos y luego regresar y volver para caer otra vez en el misterio de este instante en que soy más que algas, más que bruma, más que un hombre enamorado, soy un sediento que bebe en la luz de tu mirada.

¿Qué haces? Te respiro, te bebo y te busco en cada tramo, busco tu pene tu verga tu falo, erecto duro y soberano que me empuja y se mete en mi más y más, hombre que me acosa, que me guía y me llevas hasta el fondo para hundirme en los espasmos y luego regresar y volver para caer otra vez en el misterio de este instante en que soy más que aroma, más que brisa, más que una mujer enamorada, soy planta que florece con la luz de tu mirada.

FIN

Rebeca le dijo que alguien vino a verte, ella preguntó quién, la amiga le contestó que saliera y comprobara. Marisa se levantó con desgana salió de

la habitación, Lorenzo estaba en centro del salón, le sonrió con timidez.

—Pasé por aquí y vine a verte—dijo.

Marisa quedó muda, él se acercó.

—¿Quieres que demos una vuelta?—preguntó.

Ella contestó que sí con la cabeza.

—Vístete—dijo él.

—Ya voy, espérame, siéntate si quieres.

— No hace falta.

Ella se puso los vaqueros, la camiseta, los zapatos y todo le temblaba. Salió casi corriendo, temía que fuera un espejismo pero él estaba detenido en el centro del salón y la esperaba.

Bajaron sin hablar, caminaron, él la miró.

—Puedo cogerte de la mano—preguntó

—Ella dijo que sí con la cabeza.

Los dedos se entrelazaron con fuerza, llegaron donde estaba aparcada la moto.

—Sube—dijo él—. Toma ponte el casco.

Ella se montó.

—Sujétate—dijo él antes de arrancar.

Marisa se pegó a su espalda, sus brazos lo rodearon y él sintió la humedad de sus lágrimas

La joven dio unos pasos y empezó a desvestirse con lentitud mientras Lorenzo la miraba silencioso. Marisa quedó totalmente desnuda, el joven dio unos pasos, se agachó y empezó a besarla desde abajo, besó las piernas, los muslos, y llegó al sitio donde sucumben los bragados, allí metió la lengua, anduvo sin reparos y luego chupó alevosamente hasta que ella gritó vencida y feliz.

Lorenzo la cargó y la llevó a la cama. Se desnudó, se acostó junto a ella, revivirlo feliz y estremecido.

Follaron toda la noche, lo hicieron sin prisa, con prisa, con pausa, sin pausa, se besaron por todos los rincones visible e invisibles. Fueron uno y más que uno, fueron dos dentro de uno.

En un descanso ella le dijo:

—¿Sabes que te amo?

—Dímelo mirándome a los ojos chiquilla guapa.

—Te amo—repitió ella con la mirada más gris y más hermosa que nunca.

El sonrió feliz.

—¿Quieres que te diga una cosa?—preguntó él.

—¿Qué cosa?—preguntó ella.

—Que yo también te amo y más que eso, eres mi vida Marisa mía.

FIN

